

¡VENCISTE MONÁTKOF!



PERSONAJES DEL DRAMA

MONÁTKOF, presidente del Comité revolucionario
ONUFVIEF, comandante de la guardia roja
KOSTOLOMSKY, comisario del interior
ZUCKERMAN, presidente de la checa
SÚSEF, comisario de instrucción
BLISOSCHVILI, comisario de transportes
ÍRINA, presidenta del congreso de aldeanos
ÍNNOKEUTI
MIGUEL Miembros del comité revolucionario
RIASANSKAYA
NÍKITA, guardia rojo
ARIKA, aldeana
LOBÁTKOF, capitán de cosacos
ALIOSKA, poeta
Guardias rojos. Marineros. Obreros. Pueblo.

La acción, en una ciudad fortificada del sur de Rusia, orillas del Volga. Época, 1917. Toda la obra transcurre en cuarenta y ocho horas.

Personajes del prólogo

EL SOMBRÍO

EL CHISTOSO

EL LITERATO

EL CALVO

EL IMPULSIVO

LA JOVENCITA

LA CHICA CON MELENA

VINITZKAYA

LA SEÑORA LEBRANCHE

Gente joven, varones y hembras (emigrantes rusos). Vendedores de periódicos.

PRÓLOGO

En Suiza, 1917. El restaurante económico (Madame Lebranché), en Ginebra. En algunas mesas, colocadas desordenadamente, grupos de emigrantes rusos sostienen animadas conversaciones.

- EL SOMBRÍO. ¿Qué nos dará hoy de comer la Lebrancherina? Seguramente nos dejará sin postre.
- EL CHISTOSO. ¡Qué va!... Como todas las personas geniales, también tiene ella sus caprichos... Hoy hay postre.
- EL LITERATO. ¿Sí? ¿Postre? ¿No lo hubo ayer?...
- EL CHISTOSO. ¿Queréis escucharme? Cuando hace un rato pasé por la cocina me dió olor a dulces caseros... ¡Hasta el rostro de la Lebrancherina era dulce!...
- EL SOMBRÍO. *(Malhumorado.)* Con postre o sin él... No podemos pagar.
- EL CHISTOSO. Levantad un empréstito entre la burguesía internacional.
- EL SOMBRÍO. Sí... Te van a dar...
- EL LITERATO. Entonces, imponédselo...
- EL SOMBRÍO. ¡Imponerlo! ¡Vosotros! ¡Vosotros qué vais a imponer!... ¡y hoy lanzan a la calle a Vinitzkaya con sus criaturitas!
- EL CHISTOSO. *(Irritado.)* ¿La echan?
- EL SOMBRÍO. Naturalmente..., el administrador le ha comunicado... que si antes de la una no paga, le pondrá los muebles en mitad de la calle... ¿De dónde va a sacar el dinero la infeliz? El marido está en el destierro...

Silencio general.

- EL LITERATO. No es tan malo el administrador... Ya encontrará una forma cualquiera para salir del apuro.
- EL CHISTOSO. Usted puede hablar. Sale siempre de los *japuros!*... ¿No os acordáis cómo salió hace poco de sus apuros literarios? (*Carcajadas.*) En sus estudios marxistas sobre literatura, resultó una laguna de agua: le era imposible introducir a Heine en un sistema. Le faltaban los puntos principales.
- EL SOMBRÍO. ¿Cómo? ¿Heine?... ¿Qué Heine?
- EL CHISTOSO. El poeta el poeta Heine. Y, sin vacilar, se sentó ante su mesa y escribió..., escribió... ¿qué creéis que escribió?... La autobiografía de Heine. (*Carcajadas generales, que invaden las otras mesas.*)
- EL LITERATO. (*Se levanta de un salto y se pasa la mano por la frente y los cabellos... con énfasis majestuoso.*) ¿Por qué os reís? ¡Críticos incipientes! ¿Pensáis que uno cualquiera de vuestros Rousseaus o de vuestros Goethes escribirían mejor su biografía que otro que lo hiciese por ellos? De una forma o de otra..., se fabulea siempre... (*Todos ríen. Cada vez más acalorado.*) Además, no hay biografías; hay sólo consecuencias, conclusiones finales de la situación económica total, del estado de las fuerzas productivas...
- EL CHISTOSO. (*Aludiéndole.*) Del número de caballos de fuerza...
- EL LITERATO. (*Continuando.*)...Y de eso estamos nosotros más enterados que los poetas... Por lo demás, Heine, precisamente, hubiese escrito una autobiografía mejor que los otros. (*Se sienta.*) Pero la comida no llega.

En otra mesa con algunos jóvenes.

- JOVENCITA. ...Esto no se puede olvidar... Mira, querido: precisamente en el minuto que con la bomba en la mano se acercaba al coche... y dominaba seguramente todas las emociones de su alma, para pensar *sólo, sólo* en aquel acto... precisamente en este minuto (*su voz se obscurece*) había visto a Sásonof a través de las ventanas del coche... ¡y éste era su blanco!, el rostro y los ojos del ministro... Y él mismo contó más tarde, en la prisión que se vio en los ojos de aquel verdugo todopoderoso, y en ellos había espanto..., pues los que iban dentro sabían perfectamente que se preparaban atentados contra ellos... y cuando, a través de los cristales, se cruzó su mirada con la de Sásonof, leyó en ella su muerte... Sásonof advirtió este terror en los ojos del enemigo, y un hilo se tendió entre ambos. (*Deja caer la cabeza y la levanta a poco. En otras mesas escuchan.*) Imagínesele usted, querido; en las manos, una bomba cargada; su alma entera, anhelando asestar el terrible golpe... No sólo el ministro morirá... También él... (*respirando*) y en este momento se despierta en Sásonof un sentimiento de compasión hacia aquel hombre y no puede apartar sus ojos de aquellos ojos... ¿No es criminal y humano al mismo tiempo?

En un rincón de la habitación se oye una voz fuerte.

EL CALVO. *(Interrumpiendo burlonamente.)* ¿Humano... dice usted? Eso es la cosa precisamente: que vuestros héroes son eso... y lo otro... y todo lo posible. ¡Ah, no, lo que no observe una señorita! ¡Ojitos a través de los cristales! ¡Ojos de ministro! ¡Hay que ver qué contacto! ¡Rayos y centellas!... Un tema para una bella novela espiritual. *(Severo.)* Y esto no les entra a ellos en la cabeza: que las revoluciones no pueden hacerse con ternura..., que son una cosa grave..., sangrienta... ¡Más que sangrienta! En la historia: inevitable..., sí... Compasión con los verdugos... ¿Acaso los verdugos la tienen con el proletario? Sobre todo, ahora, en la guerra. *(Se levanta y va de un lado a otro.)* Pues tampoco el proletariado, si llega al Poder, tendrá miramientos con sus verdugos... Dejad que se acabe la guerra, veréis entonces... Aquellas escenas de parada, como en Francia, no se repetirán ya... ¡Guillotinas!... Repiques de campanas, Público callejero... Verdugos teatrales... ¡Nada, nada!... La clase trabajadora les retorcerá, *sencillamente*, el pescuezo a sus enemigos... En el gallinero..., en cualquier parte..., sobre el montón de estiércol *(la emoción se traduce en todos.)* y esto será mil veces más humano.

Aplausos de los que están sentados a su lado: El Impulsivo y La Muchacha del Pelo Cortado. La mesa en que está la gente joven muestra una gran excitación. De su mesa se levanta, y aplaude entusiasmado, el Literato.

EL LITERATO. ¡Bravo! ¡Esa es la verdad pura! ¡Aquí huele a Rusia! ¡Qué sombría majestad se manifiesta en ese gallinero de la aristocracia rusa! *(El Calvo le hace señas, malhumorado.)* ¡Qué tema para nuestros futuros Hugos, qué lienzo para nuestro David!

EL IMPULSIVO. *(Vuelve la cabeza hacia la Muchacha con el Pelo Cortado.)* El Calvo no habla por hablar, ni por placer... Seguramente, es el único que hará lo que dice...

JOVENCITA. *(Indignada.)* ¡Qué calumnia contra los trabajadores!

Escándalo en la habitación de al lado. Vinitzkaya, descompuesta, con los cabellos en desorden y con un niño en los brazos, entra precipitadamente y se deja caer en una silla. Excitación general. Varios se levantan de su sitio, el niño llora débilmente. Algunos jóvenes y La Muchacha del Pelo Cortado se acercan a Vinitzkaya. La del Pelo Cortado coge al niño, se sienta aparte e intenta dormirle.

VINITZKAYA. *(Escondiendo la cabeza entre las manos.)* ¡Arrojada a la calle —al minuto de dar la una—, cuando vio el administrador mi último cacharro fuera de casa, él y ¡todos los que allí estaban reían!... ¡Repugnante!

EL LITERATO. ¡Esto no puede quedar así, se debe protestar por medio de la Prensa francesa!

EL CHISTOSO. Debemos enviar una comisión al Ayuntamiento.

EL IMPULSIVO. ¡Esta infamia debe publicarse en la Prensa rusa!... ¡Es un insulto para todos los emigrantes!...

EL CALVO. *(Con voz tranquila, pero cortante, paseando por la habitación y dirigiéndose a La Jovencita.)* Y bien, ¿qué dice usted ahora, querida camarada, de los ojos compasivos? ¡Vea usted qué fría y descaradamente proceden con nuestros hermanos los tenderos, la burguesía, los especuladores! ¿Y quiere usted tener compasión con ellos? ¡Todo, todo se lo cobrará alguna vez el proletario!...

- LA JOVENCITA. (Con *tranquila indignación*.) ¡Usted calumnia!... ¡Nunca, nunca cometerán el aldeano y el trabajador rusos una infamia semejante!...
- EL CALVO. (Saltando y conteniendo la risa.) ¿Infamia dice usted? ¿Infamia? Nómbrame usted una revolución en la que el pueblo no haya arreglado sus cuentas con sus verdugos en forma *brutal y sangrienta*..., y así era justo... El aldeano ruso no será así... Ideará algo más extraordinario todavía. Los otros, entonces, paseaban teatralmente las cabezas decapitadas en las puntas de sus picas. Pero nosotros..., nosotros lo haremos en el gallinero, sin pompas..., sin cadalsos...
- LA DEL PELO CORTADO. (Con *el niño en brazos, corre excitada de un lado al otro*.) ¡Cuánta desgracia!... ¡Cuánta miseria alrededor! ¿Y tener compasión con ellos aún?... ¡No!... ¡No!... ¡Que llegue pronto el fin!... Debemos acabar con esta sociedad... sin meditarlo.
- JOVENCITA. (En la *mayor excitación*.) ¡No, no..., así no será!
- EL CALVO. (Amenazando) ¿No lo permitiréis vosotros? ¿Lo estorbaréis? Entonces ¿cooperaríais a la carnicería? Pues no lo toméis a mal si algo os ocurre.
- JOVENCITA. Y yo os digo ¡que no será así! (El Calvo responde con una *carcajada burlona*.)
- EL LITERATO. (Animado.) Camaradas ¿A qué discutir en tonto?... Hagamos una apuesta... El que gane, tenía razón.
- EL IMPULSIVO. ¡Una apuesta! ¡Una apuesta!
- EL LITERATO. Y acompañada al piano. (Se sienta al piano.)
- EL CALVO. ¿La acepta usted? (Tiende su mano a La Jovencita.) Bueno... deme su mano... ¡Por consiguiente, apostamos!
- EL CHISTOSO. ¿A qué?
- EL SOMBRÍO. ¡Hombre! ¡A si será la revolución sangrienta o humana!
- EL CALVO. (Decidido.) Esa apuesta la acepto yo también.
- LA DEL PELO CORTADO. No, no; esa, no... Otra. ¿Triunfará o fracasará la revolución?
- EL CALVO. (Con *decisión sujeta la mano de La Jovencita, cuyos ojos miran al suelo*.) También acepto esa apuesta.
- LA JOVENCITA. (Levantándose, radiante, con ojos brilladores y voz temblorosa.) Yo apuesto también; pero en esta forma: ¿Conseguirá la revolución su objeto, su verdadero objeto?
- EL CALVO. (Con *ojos relampagueantes*.) También acepto esa apuesta.

Ambos, uno frente a otro, se estrechan las manos convulsivos, mirándose en los ojos. Todos los rodean excitados. El Literato toca algo solemne en el piano. Madame Lebranche entra portando la comida en una gran bandeja. El Chistoso, como sin querer, la da un empujón; un plato cae al suelo y se hace añicos. Todos exclaman: «¡Ah!». Gritos en la calle. Un vendedor de periódicos entra con hojas extraordinarias y grita: «¡El Diario de Ginebra! ¡Con el destronamiento y prisión del zar! ¡La revolución en toda Rusia».

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Crepúsculo sombrío en una mañana otoñal. De la lejanía llegan, amortiguados, estampidos de cañón. Ante la muralla de un edificio que sirve de cuartel, se apretuja la muchedumbre, formando cola.

En lo alto de la muralla flota al viento un paño rojo con la inscripción: «Distribución de víveres con tarjeta». En la cola, que se pierde al volver la esquina, se ven docenas de cuerpos que, cansados y con sueño, se apoyan en la pared o están caídos en el suelo.

A alguna distancia, un policía pasea arriba y abajo. La cola empieza a moverse, se despereza... Algunos de los que la forman comienzan a hablar.

En los primeros puestos resuenan los gemidos de un niño, que La Madre intenta acallar. Un grupo de muchachos, sentados en el suelo, juegan silenciosamente a las cartas. Un Chico, llegado de cualquier parte, viene corriendo y busca un sitio en la cola. Momento de discusión y empujones.

- EL VIEJO. *(Con mejillas hinchadas y peludas, dirigiéndose enérgicamente a los que discuten.)*
¿Qué hacéis, hermanitos? ¿Por qué reñís ya tan temprano? Mejor sería que rezarais...
- EL MUCHACHO. ¿Por qué me cogió usted mi sitio?
- UNA VOZ. ¿Y por qué te marchaste tú de la cola?
- EL MUCHACHO. ¡Idós al diablo!... ¿No puedo ir a hacer mis necesidades siquiera? ¿Soy yo un ángel o algo parecido?
- OTRA VOZ. Bueno, entra en tu sitio entonces...
- EL VIEJO. ¿Para qué necesitas tú un sitio, hermanito? Dios está en todas partes. *(Animándose.)* Voy a contaros una historia de Cristo, que cuentan las gentes de Nowodorosk. Una historia preciosa. *(En la cola se hace silencio. El Viejo se pasa la mano, arriba y abajo, por su barbita, y empieza a narrar.)* Una vez, estaba Cristo muy aburrido en el cielo, entre todos los ángeles y todos los santos, ansiando volver otra vez junto a los pecadores de la tierra. Y bajó de nuevo, y de nuevo se mezcló con nosotros. Por todas partes veía ventanas rotas, caballos muertos... Cuervos... En una palabra: horror..., guerra; y se entristeció de no ver a nadie... ¿Dónde se han metido los hombres? ¡Ah!... Allí están. Como los gansos..., en filas y mirando hacia alguna parte... Cristo entonces se acercó a ellos..., se inclinó profundamente y dijo: «¡Buenos días, hombres! ¿Por qué estáis ahí tan atontados, como si os hubiesen embriagado con aguardiente de la tierra». Todos callaban, como si no lo vieses... Uno solamente le respondió, sombrío: «Hacemos cola... por el pan de patata...» «¿Sí? —dijo Cristo—. Entonces me pondré yo también en mi sitio...». Y se puso. Y pasó una hora, y otra hora..., y la cola iba creciendo detrás de él... De pronto ve, el último de todos, a un viejecito amedrentado, a quien todos empujaban...

¿Qué diréis vosotros que pasó entonces? Cristo se le acerca; lo conduce muy cariñosamente hasta su sitio, y él se coloca detrás de todos... Como dicen los Evangelios, los últimos serán los primeros; Sí, hermanitos: ¿qué diréis que ocurrió entonces? Un milagro. (*Emoción general. El viejo, en éxtasis.*) En ese día no se repartió pan de patata, sino fresco y buen pan de trigo. Y una gran alegría inundó toda la *cola*. (*Por un momento reina un silencio general; a poco sale del final de la cola una voz fuerte.*)

- OBRERO 1°. Tu Cristo es un farsante... Al día siguiente se repartiría, de seguro, otra vez pan de patatas...
- OBRERO 2°. Tu Cristo obró mal... porque deshizo la fila... Él no cedió sólo su parte, sino también la de los otros... ¡Él tendría en su casa bastante pan!...
- VOZ. La *cola* es para los hambrientos Aquí debe haber orden...
- VIEJO. Cristo se afana por los hombres, y vosotros habláis de orden...
- UNA MUJER. (*En otro lugar de la cola, con rostro amargado e inteligente, en voz baja.*) Antes no era como ahora...
- UNA VIEJA. (*Envuelta en un mantón, amargada.*) ¿Qué no era así? Para ustedes, quizá no... ; pero para nosotros... Nosotros hemos formado *cola* toda la vida...
- JOVEN OBRERA. (*Tranquilizándola cariñosamente.*) Tienes razón, tía Anuska. Nosotros queremos mejor formar parte en nuestra *cola* que en la extraña, como antes. Esta, al fin, es nuestra administración...
- MUJER VIEJA. (*Gimiendo.*) Sí, nuestra administración, pero en casa... una suciedad... Los niños sin lavar, ni peinar... ¿Cuándo tendrá un fin todo esto?
- JOVEN OBRERA. (*Consolándola.*) Ya llegará, tía Anuska... Ahora, todavía suciedad; pero nuestra vida será pura... Un poco de paciencia aún...
- UN HOMBRE VESTIDO DE PIELS. (*La gorra de piel calada hasta los ojos.*) Los... los que están ahí dentro de la fortaleza y mandan..., esos no vienen a la *cola*... Esos tienen de sobra... pan blanco, carne, leche...
- UN TRABAJADOR. (*Amenazador, gritando.*) Los ciudadanos que no estén a gusto entre nosotros..., que hagan el favor... de marcharse..., que busquen otra ciudad donde encuentren pan blanco... Debíamos fijarnos en quienes son...
- EL HOMBRE DE LAS PIELS. (*Subiéndose el cuello.*) ¿Va eso por mí? Yo he hablado conmigo mismo.

Se oyen, de pronto, un silbido y un grito de alegría. Todos se vuelven. Un Muchacho, alegre y colorado, entra precipitadamente, tirando de un trineo, donde se sienta un ancianito.

EL MUCHACHO. (*Saltando.*) ¡Plaza! ¡Plaza para su excelencia! ¡El ciudadano Foltvant viene en persona a estar con vosotros. No quiere quedarse solo en casa, y aquí lo traigo para que forme también en la cola! ¡Que se divierta aquí! (*La muchedumbre lo mira. El Muchacho deja el trineo y baila de frío, frotándose las manos.*) Vosotros, ciudadanos, seguramente que os refrescáis aquí desde hace mucho tiempo, ¿verdad? ¿Habéis oído aquí la misa de alba? ¡Hay que ver, qué temerosos de Dios sois!... ¿y dónde coloco yo a mi ciudadano?... ¿Están tomados ya todos los sitios?

La cola se mueve voluntariamente y deja sitio al viejo en uno de los primeros puestos. El Muchacho sigue bailando; de pronto, se escupe en las manos, toma carrera y sube a lo alto de la muralla. Movimiento general. El Policía corre hacia él.

POLICÍA. ¡Ciudadano!... Baja en seguida... ¿Adónde quieres ir?

MUCHACHO. (*Con desfachatez.*) Quería ver lo que pasaba en la tienda..., si estaban ya los vendedores y la mercancía. (*Silba.*) ¡Ah!... Pronto abrirán... Cola, atención, ¡firmes!... (*Involuntariamente, se mueve la cola y todos permanecen rígidos.*)

POLICÍA. (*Hace bajar a la fuerza al Muchacho.*) ¿Estáis locos todos? Sabéis perfectamente que hasta las ocho no se abre. (*La cola toma otra actitud. Algunos se sientan, resignados. Otros quieren castigar al Muchacho.*)

VIEJO. ¿Por qué la tomáis con el chico? Tiene un alma alegre y serena... Dejadle que esté alegre... Baila, hermanito, baila... (*El Muchacho baila.*)

El reloj de la fortaleza da las siete. Todos escuchan atentamente. De pronto resuena un cañonazo más fuerte que los otros. Después, tiros de ametralladoras, que ya no cesan hasta el final. Confusión general.

VOZ. Parece que llega del río... Están muy cerca...

OTRA VOZ. Y qué claro se oye. Como si estuviesen aquí al lado...

OTRA VOZ. Los cosacos atacan, seguramente. ¿Habéis observado esta noche cómo disparaban los nuestros?...

VIEJA. (*Severa, a La Joven.*) ¿Ves tú? Ahora tendremos que esperar mucho más tiempo.

EL HOMBRE DE LAS PIELS. (*Se dirige a todos y a ninguno.*) Los cosacos son gente tenaz.

OBRERO. Nuestro Comité sabe lo que trae entre manos... Nosotros nos reímos de los cosacos... ¡Oíd cómo dispara nuestra artillería!... Uno..., dos..., tres...

OTRO OBRERO. Los cosacos han de notar muy pronto en su pellejo la dictadura del proletariado... Que ataquen... Ya verán dónde van a parar sus cabezas...

VOZ. ¿Y si nos llaman para defender las posiciones?

OBRERO. ¡Entonces iremos! ¡Como un solo hombre iremos todos! ¡Y también irán las mujeres!

MUCHACHO. (*Entusiasmado.*) Iremos todos..., por los Soviets... Donde estén los trabajadores... estoy yo también... La cola entera viene conmigo...

OTRA VOZ. *(Irónica.)* ¿La *cola* entera? La mitad son enemigos...

MUCHACHO. *(Excitado)* ¡Mientes!... En la *cola* no hay más que obreros ¡Nosotros marchamos todos por nuestro ideal!... *(Echa su gorra al aire.)*

En la cola se nota un movimiento de angustia, y se deshace en grupos, escuchando al Trabajador, que habla apasionadamente. De la calle vienen precipitadamente soldados de la guardia roja, con caras intranquilas. Uno de ellos dice a los de la cola: «¿Qué hacéis ahí todavía?».

VOZ. *(Intranquila.)* Pronto, a casa. ¿A qué esperar más?...

Empieza a deshacerse la cola, que pronto queda reducida a muy poca gente. De pronto suena estrepitosamente el silbato largo y triste de una sirena.

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

Oyéndose el mismo largo y triste sonido de la sirena, se abre una habitación. Esta habitación tiene el aspecto de un «viva»; todo está desordenado: las ventanas, sólo encajadas, de forma que el viento las abre y cierra. A lo lejos se oyen tiros. Riasanskaya y Miguel se visten precipitadamente. En la puerta golpean con fuerza. Riasanskaya corre, la abre y da paso a Arika.

ARIKA. *(En gran excitación.)* Madrecita, Natalia Ivanofna... ¡Alarma! Yo regreso ahora de acechar... ¿Oye usted el bombardeo? Dicen que los cosacos quieren entrar en la ciudad... ¿Qué ocurrirá?

RIASANSKAYA. *(Tranquilizador.)* Nosotros lo sabemos ya, Arika; el Comité acaba de... No tengas miedo...

MIGUEL. Y oye, mientras nosotros nos arreglamos, prepáranos algo de almorzar.

ARIKA. *(Preocupada.)* En seguida, queridos, en seguida... ¿No mandarán a los soldados a ocupar nuevas posiciones?

RIASANSKAYA. *(Cariñosamente.)* A tu Nikita no lo mandarán. ¡Pero, pronto, pronto, el almuerzo!

Arika sale.

MIGUEL. Ahora nos mandarán seguramente a todos. *(Coge una palangana y se lava, tirando después el agua por la ventana. Se seca con un extremo de la toalla, al mismo tiempo que Riasanskaya se seca con el otro. Hablan acaloradamente.)* Oye, los cosacos han roto el frente en el río... Ahora tienen libre el camino para llegar a la ciudad.

RIASANSKAYA. ¿Cómo ha podido pasar eso?... Nosotros teníamos centinelas en todas partes, en todas partes reflectores...

MIGUEL. ¿Que cómo ha podido pasar? Por el cansancio horrible de los guardias rojos. ¡Llevan dos meses en el frente! ¡Sin un relevo! Ese general Lutkousky no nos deja un segundo tranquilos.

RIASANSKAYA. Seguramente que también se les da mal de comer a nuestros soldados. Ayer, un niño de nuestro asilo trajo de su casa el desayuno. Yo le pregunté: «¿De dónde traes eso?». Y me respondió: «Mi padre vino de las trincheras y me lo dio...». Su padre había llegado de las avanzadas muerto de cansancio, después de una noche sin dormir, y se había arrojado encima de la cama, con las botas, sin desnudarse... ¿Y en qué consistía el desayuno? Pan duro, medio arenque y un pedazo de pepino.

ARIKA. *(Trae el desayuno, compuesto de té, rajadas de pan y dos terrones de azúcar; lo pone en la mesa.)* Aquí, palomitas míos, tengo para vosotros algo bueno que he podido escamotear. *(Saca del bolsillo un papel, en el que, con mucho cuidado, está envuelto un pedacito de manteca.)* Que os siente bien. Hoy tendréis que sudar un poco.

Sale.

RIASANSKAYA. *(Preocupado, mientras desayuna.)* Ahora serán precisos grandes sacrificios... Habrá que levantar en el pueblo nuevos entusiasmos.

MIGUEL. Y esto no será fácil.

RIASANSKAYA. Sí, cierto. *(Con gran decisión.)* Pero nosotros debemos librar al pueblo de las grandes penas... Recogeremos a todos los niños, sin distinción, en nuestro asilo. Pasarán la noche también con nosotros... Controlaremos otra vez a la burguesía los víveres de que dispone. Debemos cuidar de ellos para el caso de un sitio...

MIGUEL. *(Solicito.)* Sí, pero se debe tratar con dureza a la burguesía... Se la debe encerrar en mazmorras... Debe sentir la mano fuerte...

RIASANSKAYA. *(Se estremece, le mira y mueve a un lado y otro de la cabeza.)* ¿Qué forma de hablar es esa, camarada? ¡En mazmorras!... ¿Cómo dices tal cosa?

MIGUEL. ¿Y por qué no? ¿No tenemos derecho para hacerlo? No, es por nosotros, sino por la clase trabajadora... Nuestras manos están limpias...

RIASANSKAYA. *(En gran excitación.)* Tú y yo, querido, no tenemos ningún derecho, sólo deberes, con la clase trabajadora... ¿Qué hablas siempre de tus manos limpias? Nosotros mismos debemos limpiar entre nosotros... *(Va, excitado, de un lado a otro de la habitación.)* Yo temo que tengamos que amotinarnos contra él... El Viejo nos hunde cada vez más en el cieno.

La ventana es abierta violentamente por el viento. La ráfaga hace caer de encima de la mesa algunas cosas, entre ellas un pequeño elefante, que se rompe. Riasanskaya palidece, se arrodilla y recoge del suelo los pedazos.

MIGUEL. *(Asustado.)* ¿Qué te ocurre, Natascha?

RIASANSKAYA. *(Levantándose, susurra.)* Mala señal... para el amor... *(Corre hacia Miguel y le abraza temblando.)* Temo por ti. *(Le mira en los ojos.)* Yo no podré soportarlo... Si tú no eres leal...

MIGUEL. *(Asustado.)* ¿Y tú, no temes por ti mismo?

- RIASANSKAYA. Yo no puedo ser traidor. Mi vida entera está en mi lealtad para ti y para los hombres. En esa lealtad está encerrado todo... El socialismo... y la revolución... y tú... y los niños de mi asilo... (*Abrazados se acercan a la ventana.*)
- MIGUEL. (*Con vivacidad.*) Allí viene, corriendo, Irina... Siempre vestida de negro..., grave como una monja... No conoce seguramente el amor por la revolución.
- RIASANSKAYA. (*Riendo.*) ¿Que Irina no conoce...? Más que nosotros dos... Yo observo muchas veces el anhelo que hay en sus ojos, la llama que se enciende en ella... Pero creo que teme el amor personal... Si éste entrase en su corazón y lo invadiese, sería este amor tan abrasador para ella como lo es ahora el amor por el pueblo.
- ARIKA. (*Entra con sonrisa fingida.*) Nikita ha llegado..., les busca... Deben ustedes partir en seguida...
- RIASANSKAYA. (*Se pasa la mano por la frente; después.*) ¿Quieres mucho a tu Nikita, Ariunka? (*Arika la besa en los hombros. En la puerta aparece, en traje de campaña, Nikita.*)
- MIGUEL. (*Vistiéndose rápidamente.*) Ya vamos...

TELÓN

CUADRO TERCERO

Sala de conferencias en el último piso de la torre de la fortaleza. Esta habitación tiene el sello militar, pero está decorada con emblemas revolucionarios.

Una ventana estrecha en forma de nicho; suelo de piedra; todo estrecho. El techo, muy alto. En un rincón, un montón de fusiles; en una de las puertas, una ametralladora; las paredes, cubiertas de tela encarnada.

En los dinteles hacen centinela guardias rojos, entre ellos Nikita. Por dos puertas entran, despacio, los miembros del Comité revolucionario, en animada conversación. Mientras se dirigen a sus sitios, se abre, en el fondo, una pequeña puerta de hierro, que conduce a las habitaciones particulares de Monátkof, el cual aparece en el umbral, llevando en la cabeza una de gorra de sport, puesta con descuido. Cogido de su brazo, entra Zuckerman.

- MONÁTKOF. (*En voz baja, preocupado, arrugando la frente.*) ¿Comprendes? Aún no ha ocurrido nada..., pero todo es posible... ¡Por lo tanto, hay que observarlos...
- ZUCKERMAN. (*Estremeciéndose, mirándole.*) ¿A todos? ¿También a estos?
- MONÁTKOF. Sí, debemos observarlos a todos. (*Le da unos golpecitos en la espalda, sonriendo.*) ¡No te asombres, Boris! Así se hizo en todas las revoluciones. A los «camarada». hay que someterlos a una vigilancia especial. ¡Quién sabe si ellos no nos vigilan ya a nosotros! Y si no lo hacen, son unos majaderos. Pero esto no debe notarlo nadie. ¡Habría escándalos!... Por ahora puedes marcharte; tenemos sesión.

Zuckerman se cala la gorra y marcha a través de la sala, saliendo por una puerta lateral. Monátkof se encamina a la mesa, saludando levemente a los otros. Con especial atención saluda a Irina, estrechándole la mano. Mientras anda, dice rápidamente a Miguel: «Después de la sesión, debo hablar con usted». Todos toman asiento, sin guardar forma alguna; unos lo hacen en los ángulos de las mesas; otros, en las ventanas; algunos permanecen apoyados en la pared. En la sala están: Irina, Riasanskaya, Miguel, Innokeuti, Blisoschvili, Onufvief y otros. Al lado de Monátkof se sienta una secretaria. Las puertas se cierran.

- MONÁTKOF. *(Sentado a la mesa.)* Camaradas: no necesito decir nada sobre la importancia de este momento... Seguramente lo sabréis todo. Esta noche, al amanecer, han roto nuestro frente los cosacos. Forzaron el río; nuestras avanzadas lo notaron cuando ya era demasiado tarde... Camarada Onufvief, le suplicamos nos informe de lo ocurrido.
- ONUFVIEF. *(Se levanta sin ocultar su disgusto; habla titubeando, con voz áspera.)* Camaradas..., voy a informaros seguidamente de...
- MONATKOF. *(Interrumpiendo.)* Espera, Onufvief; todos tenemos poco tiempo; procura ser concreto y rápido en tus informes.
- ONUFVIEF. *(Como antes, Cortado.)* Poco tengo que decir... Las cosas claras... Llevamos ya dos meses rechazando a los cosacos... y... y nuestra gente, rendida al fin por tanta fatiga, se ha dejado sorprender... El enemigo estaba al otro lado del río..., y... y ahora lo ha atravesado...
- SÚSEF. *(Con voz potente.)* ¿Cómo es posible que nuestro heroico proletariado haya permitido esto? ¿Quién iba a imaginarse que en las avanzadas no se observara la más severa y estrecha vigilancia?
- ONUFVIEF. *(Malhumorado.)* ¡Nuestro heroico proletariado ha cumplido con su deber!... Las cosas claras... Pero contra la naturaleza no se puede luchar... La gente llevaba días y días sin desnudarse..., sin tener un momento de tranquilidad... ¡Vosotros podéis hablar muy bien desde aquí!... Nuestros espías habían dicho que en las filas enemigas no reinaba la concordia..., que los disidentes no querían ayudar más tiempo a los cosacos... Entre los disidentes hay también muchos aldeanos activos... y... nosotros creímos entonces que no atacarían tan pronto... Y siendo así, ¿por qué no habíamos de dejar a nuestra gente que fuese unos días a sus casas? y después de meditar y meditar..., ¡las cosas claras!, resolvimos dar permisos..., y enviamos a sus casas a una tercera parte de nuestros soldados. *(Silencio angustioso.)* Y... y aquellos pillos..., cuando lo notaron..., nos atacaron por la noche. Y encima, ¡con todos los diablos!, nos envolvió la niebla, sin dejarnos ver lo que sucedía a nuestro alrededor..., y así atravesaron el río.
- MONÁTKOF. *(Indignado, fuerte, hablando rápido.)* El desbarajuste nuestro, de siempre..., siempre el caos..., la falta de sistema...; si esto sigue así, estamos perdidos..., irremisiblemente perdidos... Ninguna dictadura del proletariado os ayudará... *(Se vuelve, severo, a Onufvief.)* ¿Cómo pudo usted dar permiso a los guardias rojos sin relevarlos antes? ¿No preparaba usted ningún relevo?
- ONUFVIEF. *(Consciente de su culpa.)* ¿De quién echar mano para los relevos..., si ellos no se presentan voluntariamente?... Las cosas, claras...

- MONATKOF. Entonces, debe usted presentar al Comité una proposición, pidiendo el servicio militar obligatorio.
- INNOKEUTI. *(Irónico.)* ¡Siga usted discurrendo cosas!
- MONÁTKOF. *(Se vuelve rápidamente y le mira asombrado.)* Mirad qué enseñanza: entre los disidentes hay muchos aldeanos activos... ha dicho usted... ¿Pero habéis examinado vosotros, marxistas escrupulosos, la variedad de elementos sociales que hay entre los disidentes y los cosacos? También esto lo exige la estrategia del proletariado.
- SÚSEF. *(Acalorado.)* Nuestro departamento de cultura ha nombrado hace tiempo una Comisión para estudiar el estado social de la población comarcana. Este estudio será muy útil.
- MONÁTKOF. ¡Ya veremos todos vuestros estudios! pero esta incuria actual, este pequeño desbarajuste ciudadano nos exterminará... Se les debía llevar ante los tribunales.
- KOSTOLOMSKY. *(Moviéndose en su silla, sin poder dominar su irritación.)* ¿Existe ese desbarajuste sólo en el frente? ¿No ocurre algo muy parecido con nuestras autoridades económicas y administrativas? Hace poco empezamos a requisar los objetos de uso a nuestra burguesía... pero ya hemos vuelto a dejarla y... ¡claro! aquello se...
- BLISOSCHVILI. *(Muy serio, con voz velada.)* ¿No se ha hablado bastante ya sobre las causas? ¿No es mejor pasar a discutir las consecuencias finales? Debemos tratar ahora del plan de la nueva defensa, camarada Monátkof.
- MONÁTKOF. Cierto; pero, ante todo, oigamos los planes del Estado Mayor.
Zuckerman entra, sin hacer ruido. Se acerca a Monátkof y le susurra algo al oído, al mismo tiempo que le entrega algunos telegramas; después se sienta en un extremo de la mesa, apoyando la cabeza en el puño, de modo que éste tome la forma de un revólver.
- MIGUEL. *(Empuja a Innokeuti y le dice, indicando a Zuckerman.)* Mira: no puede pasar sin revólver; hasta lo apoya en su misma sien.
- MONÁTKOF. *(A Onufvief.)* ¿Qué planes tiene el Estado Mayor? *(Mientras Onufvief habla, Monátkof hace un rollo con los telegramas.)*
- ONUFVIEF. El Estado Mayor tiene dos planes... Uno, sostenerse aquí y defender la plaza a sangre y fuego. Los cosacos se fortifican ahora en sus nuevas posiciones... ¡Las cosas, claras!... No tienen ya ningún gran obstáculo para llegar a la fortaleza; sólo tienen que atravesar los arrabales..., y esa es nuestra desgracia: que los arrabales están pobladísimos. Pequeños ciudadanos..., pescadores... y el diablo sabrá quién más... Por esos arrabales se filtran los cosacos... y con ello basta... En vista de lo cual, propone nuestro Estado Mayor llevar nuestra línea de ataque y defensa a esos lugares... Pero ¿qué hacemos con sus habitantes?...
- MONÁTKOF. ¿Y cuál es vuestro segundo plan?
- ONUFVIEF. ¿El segundo?... Abandonar la fortaleza sin disparar un tiro...
- VOCES. *(Irritadas.)* ¿Cómo?... ¿Qué?...

- ONUFVIEF. Sí... sí. ¿Por qué os irritáis de esa manera?... ¿Qué es la fortaleza? ¡Piedras, y nada más que piedras!... Y el proletario necesita camino libre... y basta... Nosotros sacaremos de la fortaleza la artillería y las mejores formaciones..., fortificaremos las alturas y desde ellas bombardearemos al enemigo con lo que podamos... Con esto nos quitamos también de encima el tener que surtir de víveres a la población... Pesa ya demasiado sobre nuestros hombros el tener que mantener a tanto pequeño ciudadano...
- VOCES. ¿Y... qué más?...
- ONUFVIEF. ¿Cómo... y qué más?... Las cosas, claras. Aguantaremos hasta que nos lleguen socorros del Norte... Allí tampoco es una broma..., lo sé; pero, al fin, lograrán romper el cerco... y vendrán en nuestra ayuda.
- IRINA. (*Volviéndose hacia él y con severidad.*) ¿Y qué piensa usted sobre este asunto?
- ONUFVIEF. Yo..., yo me inclino hacia el segundo plan...
- IRINA. (*A Monátkof con decisión.*) Prométame usted, deme su palabra..., de que la *fortaleza no se abandonará a ningún precio*... Yo pido que una proposición semejante... no se ponga a discusión siquiera... Si nosotros empezamos a retroceder, es un triunfo para la contrarrevolución del mundo entero. (*A Onufvief.*) ¿No se avergüenza usted de presentar tales proposiciones?... Aquí, en esta fortaleza, donde hemos vivido y luchado juntos con el pueblo, hemos de defendernos y combatir hasta lo último... ¿Queréis entregar vilmente a esa horda carnicera la mitad de esta indefensa población?
- MONÁTKOF. Yo soy de la misma opinión... Aquí, en este río, está ahora la línea divisoria entre el Estado proletario y el capitalismo mundial... Cada derrota nuestra —y el abandono de la fortaleza en estas condiciones *es* una derrota— repercutirá desagradablemente en todo el frente del mundo... Según un telegrama que acabo de recibir y que dice: «Manteneos firmes todo el tiempo que podáis», no debemos contar con una ayuda inmediata de los del Norte. Si nosotros nos sostenemos aquí ayudaremos también a ellos.
- KOSTOLOMSKY. (*De nuevo, en calenturienta irritación.*) Diga usted, camarada Onufvief, ¿por qué le irritan tanto los arrabales?... Si vosotros debéis fortificarlos, nosotros retiraremos de ellos a la población tranquilamente..., y con esto basta, como usted acostumbra a decir... En el término de doce horas habré sacado yo de allí al último hombre... Los repartiremos, alojándolos en la ciudad, o los alojaremos en barracones..., con doble vigilancia y custodiados por los obreros.
- Hablan todos.*
- BLISOSCHVILI. (*A Miguel e Innokeuti.*) Habrá que hacerlo así. Naturalmente, no en la forma que él propone a gritos, «con doble vigilancia y custodiados por los obreros»... pero los arrabales deben ser desalojados.
- INNOKEUTI. (*A Miguel y Blisoschvili.*) Ante todo hay que sacar de allí a los niños y llevarlos a otra parte... Será como si desaguases un río... Los pececitos quedan en seco.

- MONÁTKOF. (*Toca la campanilla.*) Camaradas... Creo que todos nosotros debemos reflexionar detenidamente sobre el nuevo plan de defensa... Ninguno de los dos satisfactorios. Bueno..., nosotros nos defenderemos, sacrificaremos cientos y cientos de vidas proletarias. Será justo... ¿Pero han de seguir ocultándose traidores entre los obreros? Sí, sí... ¡traidores! ¿Creéis que el general Lutkonsky no sabía por los traidores lo que ocurría entre nosotros?... ¡Debemos empezar el ataque con algo..., con algo completamente inesperado..., con algo que los coja de sorpresa...
- BLISOSCHVILI. Sí.... ¿Pero con qué?
- MONÁTKOF. Hay que reflexionar. (*Se ríe y cambia una mirada rápida con Zuckermann.*)
- BLISOSCHVILI. (*Sombrío, a Innokeuti.*) ¿Qué se propone nuevamente?
- MONÁTKOF. Bueno; ¡pasemos a otra pregunta... Debemos saber de cuántos hombres disponemos... ¿Cuántos son, camarada Onufvief?
- ONUFVIEF. Contando bien... y separando a los inútiles... son aproximadamente... unos mil hombres... buenos todos.
- MONÁTKOF. ¡Entonces presento la proposición para que se implante el servicio obligatorio! (*Movimiento general.*)
- ONUFVIEF. (*Entusiasmado, sin poder dominarse.*) Las cosas, claras... Ya debía haberse implantado hace mucho tiempo...
- Nikita, que está de centinela en la puerta, golpea, como involuntariamente, con la culata del fusil en el suelo. Todos le miran.*
- INNOKEUTI. (*Se levanta tan excitado, que la silla cruce y cae al suelo... Se acerca a la ventana.*) ¡Pido la palabra! Os declaro desde ahora mismo que todos nosotros nos pronunciamos en contra del servicio militar obligatorio. (*Blisoschvili, Irina, Miguel y los otros asienten con la cabeza.*) Nosotros hacemos la guerra civil como *guardias rojos, como voluntarios...* ¡No puede haber ningún servicio obligatorio para los *guardias rojos!*
- ONUFVIEF. ¿Entonces, qué?...
- INNOKEUTI. (*Tiembla de excitación.*) ¿Habéis olvidado que combatimos, no porque sí, sino por imperativo de nuestra conciencia? ¡Vosotros no podréis obligarme a mí, viejo pescador, a que marche detrás de los tambores a derramar mi sangre, mientras yo no lo sienta de corazón! ¿Queréis organizar otra vez un ejército zarista?
- MONÁTKOF. (*Irónico.*) ¿Y crees tú, camarada Innokeuti, que la conciencia habla en todos los trabajadores?... y si ellos no comprenden los intereses de su clase, ¿qué ocurrirá, vamos a ver?

- INNOKEUTI. ¿Y crees tú que en nuestra clase no queda ningún hombre ya? ¿Cuál es, en definitiva, vuestro pensamiento? ¿Creéis que es agradable matar a un hombre? *(Cerrando el puño con rabia.)* ¡Aunque fuese un burgués, tres veces maldito! Tú mismo, camarada Monátkof, ¿has probado ya lo que es matar a un hombre? *(Movimiento general. Excitación y apasionamiento en todos a medida que habla.)* Pero si has cerrado los ojos... y te has decidido a matar..., entonces ofrece tu alma al pueblo obrero..., entonces..., entonces alístate en la guardia roja y lucha lealmente La guardia roja tendrá un héroe y triunfará...
- MONÁTKOF. *(Con la misma ironía.)* ¿No has oído la situación en que se encuentra la fortaleza? ¿Podemos defenderla sin hombres?...
- IRINA. *(Se levanta; habla con creciente entusiasmo.)* Pero tú sabes bien, camarada Monátkof, que nosotros no hemos agotado aún nuestras reservas... Escarbad ahora en lo hondo, y veréis cuánto heroísmo, cuánta fe encontraréis aún... Esta es la reserva en oro de la revolución... Pero hay que acercarse a ellos con cuidado, con amor, y nosotros no lo sabemos hacer aún. Nuestros comisarios y subcomisarios se mueven demasiado en torno a cosas superfluas, se hacen demasiado visibles en las sesiones... Todos nosotros debíamos estar en las trincheras, en las avanzadas... ¿Son pocos los que están allí por nosotros?
- BLISOSCHVILI. Nosotros mismos presentaremos tres batallones con gente de nuestro partido... Iremos a conferenciar con los pescadores..., les enviaremos camaradas autorizados por nosotros... Los mineros presentarán también algún batallón.
- IRINA. Sí..., y entonces nos preocuparemos de organizar mejor nuestra administración... Las raciones han de ser mejores, especialmente para los niños...
- KOSTOLOMSKY. *(Radiante.)* Lo conseguiremos... La burguesía ha acaparado una gran cantidad de víveres desde hace tiempo... Se los quitaremos todos..., todos...
- IRINA. *(Volviéndose hacia él.)* No depende de eso. Debemos despertar otra vez el entusiasmo en los trabajadores, alentar el espíritu de sacrificio, para que se sientan hermanos aquí en la fortaleza... Si logramos hacernos dueños de la multitud, ella misma iluminará al mundo con esa llama.
- BLISOSCHVILI. *(Interrumpiendo.)* Por medio de esa llama aniquilaremos también la contrarrevolución... También allí hay trabajadores.
- MONÁTKOF. Veremos... Tal vez salgamos momentáneamente de apuros con voluntarios.
- Todos escuchan. El escándalo producido por una multitud, a distancia, se va acercando poco a poco. Las voces se oyen ya en la puerta. Los centinelas se apartan y varios guardias rojos y trabajadores entran en escena.*
- VOCES. ¡Camaradas! Lobátkof está prisionero... Hemos cogido prisionero al capitán Lobátkof...
- Gran excitación en la sala. Algunos se levantan de sus sitios y corren hacia la ventana.*
- VOCES. Palabra de honor... Está en la plaza..., y con su hijita... En gran uniforme de gala...

- MONÁTKOF. Silencio... Tranquilizaos... Camaradas... Sabemos lo que hay que hacer.
- VOCES. Los muchachos han hecho ya con él algunas de las suyas... ¿Lo subimos aquí, a la sala de sesiones?
- MONÁTKOF. No... ¿Para qué? Nosotros tenemos que atender otras cosas. Se lo entregaremos al tribunal revolucionario.
- KOSTOLOMSKY. (*Retirándose de la ventana.*) La gente está muy excitada. La guardia apenas puede proteger y amparar al capitán... Debemos nombrar ahora mismo un tribunal...
- MONÁTKOF. Bien... Tres hombres... Un presidente y dos obreros. Súsef, ¿quiere usted aceptar las funciones de presidente?
- SÚSEF. (*Halagado.*) Con mucho gusto... Llevaremos este proceso con toda ejemplaridad y ante esta muchedumbre que clama justicia... Vosotros debéis tomar parte en la sentencia.
- MONÁTKOF. Los otros dos jueces y el acusador los nombrarás tú también, ¿verdad?
- SÚSEF. (*Como antes.*) Bueno... Una pregunta aún: ¿qué castigo imponemos al capitán?
- MONÁTKOF. (*Astutamente.*) Eso lo decidiréis vosotros... Según convenga...
- BLISOSCHVILI. (*Con voz alterada.*) Camarada Monátkof, tú les sugieres la pena de muerte. (*Monátkof sonríe.*) Hace poco propusiste el servicio obligatorio... Ahora la pena de muerte... ¡Hermoso socialismo! (*Cada vez más excitado.*) La pena de muerte fue abolida por los Soviets... Para todos y para siempre... Quien la implante de nuevo prepara la contrarrevolución. Exijo que se ponga inmediatamente a discusión el tema.
- KOSTOLOMSKY. ¿Qué propones entonces?
- BLISOSCHVILI. Que el tribunal se rija absolutamente por nuestras leyes fundamentales y no por otra cosa.
- KOSTOLOMSKY. ¿Y si el tribunal decreta la pena de muerte?
- BLISOSCHVILI. (*Con voz acerada.*) ¡Entonces esos jueces serán entregados al tribunal revolucionario!
- MONÁTKOF. ¿Veis?... Hace un momento decíais que había que despertar el entusiasmo en las masas... Y ahora lo impedís vosotros mismos. (*Indignado.*) ¿Y qué ocurrió en las otras revoluciones? Nombradme una siquiera en la que el pueblo no diese buena cuenta de sus verdugos.
- INNOKEUTI. (*Excitado.*) ¡Quién sabe!... Quizá entonces lo hiciese el pueblo... Pero ahora eres tú quien lo excita a ello.
- MONÁTKOF. El tribunal que ha de juzgarle se reunirá en la plaza... Allí se verá cuáles son los sentimientos de la multitud.

BLISOSCHVILI. *(Golpea con el puño en la mesa.)* ¡Al diablo con vuestra multitud y con vuestras masas!... También yo soy de las masas... *(Indicando a un grupo de guardias rojos que llegan de la calle.)* y esos también son de las masas... y por eso ¿debo arrodillarme ante ellos?... ¿Serán tan cobardes que caigan ciento contra uno? Combatid en las barricadas, pero no hagáis el papel de verdugos. *(Tranquilo.)* Estoy conforme en que sea Súsef presidente del tribunal... si mantiene las leyes de la revolución.

IRINA. ¿Quién será el acusador?

BLISOSCHVILI. ¡Tú debes serlo! ¡Propongo que la camarada Irina sea nombrada acusadora. *(Monátkof mira, interrogando, a sus adeptos.)*

MONÁTKOF. ¿Aceptas, camarada Irina?

IRINA. *(Después de dudar un momento.)* Bueno.

MONÁTKOF. *(A los guardias rojos, que están en la puerta.)* Camaradas, podéis salir. Comunicad abajo que dentro de dos horas se constituirá el tribunal de la clase trabajadora para juzgar al señor de las charreteras doradas, al agente de la nobleza y del capitalismo, al capitán Lobátkof. *(Los guardias salen.)* Veamos lo que las masas dicen de este cosaco. Y levantemos la sesión hasta mañana; si es precisa una sesión extraordinaria, volvamos a reunirnos esta noche.

Los miembros del Comité empiezan a salir lentamente. Monátkof se queda con la secretaria. Miguel permanece en pie, asomado a la ventana.

ONUFVIEF. *(Se dirige a la puerta donde está Nikita de centinela, y al ir a salir le dice en tono militar.)* ¿Por qué no me saludas? Soy tu superior.

NIKITA. *(Coloca el fusil en el suelo y le mira con rabia.)* Excelentísimo señor...

En este momento entra Irina.

IRINA. ¿No te da vergüenza, Onufvief?

ONUFVIEF. *(Dominándose.)* ¿Y la disciplina? Sin disciplina no hay ejército.

IRINA. *(Le da unos golpecitos en los hombros, con ironía.)* Aún no tienes charreteras...

TELÓN.

CUADRO CUARTO

La misma habitación. Monátkof cruza rápido la escena de un lado a otro, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada; de vez en cuando mira de reojo a Miguel. Miguel se acerca a la mesa y se le encara interrogando.

MONÁTKOF. *(Se detiene de pronto.)* Siéntate, camarada Miguel. Tenemos que hablar de un asunto que es de suma importancia para el ideal... y para ti.

La puerta que conduce a las habitaciones de Monátkof se abre y aparece su mujer; al mismo tiempo entra un perrito juguetón, que se echa a sus pies.

- LA MUJER. ¡A la mesa, que es hora!... Ya sabes... lo mucho que tienes que hacer después...
- MONÁTKOF. (*Despidiéndola.*) Ahora no puedo, Ola; tengo que arreglar todavía un asunto. (*Acaricia al perro y lo lleva hasta la puerta.*) ¿Qué dices tú de todo esto?
- MIGUEL. ¿De qué?
- MONÁTKOF. (*Severo.*) Acabas de oír ahora mismo lo que piensan tus camaradas sobre el castigo que ha de imponerse al capitán... Así, con toda energía... y dejándonos en el aire... Nunca pude pensar que tú también pactases con ellos.
- MIGUEL. (*Pacífico.*) Yo...
- MONÁTKOF. Sí..., pero ¡qué pacto! Porgue tú figuras aún como revolucionario... No quise hablar nada de esto en la sesión..., pero ahora quiero decírtelo a ti... Si se introducen en ellos esos sentimientos, toda la revolución amenaza hundirse. (*Miguel calla y le mira.*) Y en eso estamos ya. (*Mientras habla va de un lado a otro de la habitación, con las manos en los bolsillos.*) La revolución del proletariado en Rusia empezó por una serie de motivos históricos. ¡Pero Rusia es un país agrario. Nosotros seríamos idiotas, más que idiotas, si hubiésemos supuesto un solo instante que en un país así podía mantenerse firme una revolución obrera. (*Miguel quiere responder.*) Perdón..., sé que tú piensas de otro modo; pero tampoco yo puedo pensar de otra manera... Es necesario que la ayuda del proletariado mundial llegue a nosotros por el camino más rápido... Para ello urge que nosotros aquí, y a todo trance, vencamos a los nobles, a los generales..., a los fabricantes..., a los banqueros, a los especuladores, etcétera, etcétera. Cuanto más pronto y más decisivamente acabemos aquí con ellos, más pronto y más enérgicamente se desencadenarán las fuerzas revolucionarias en el Oeste.
- MIGUEL. Naturalmente... ¿Quién niega eso?
- MONÁTKOF. Tú. Tú y tus camaradas... En Rusia se está llevando a cabo una revolución como no se recuerda otra en la historia. Naturalmente, ha despertado en el mundo entero un odio a muerte... ¿Y qué... qué es necesario para la victoria definitiva? ¿Qué debe hacerse para que no se repita una ruptura vergonzosa del frente, como la de ahora? Es necesario la voluntad concentrada del proletariado, su puño de hierro... ¿Y dónde están ahora ni el puño ni la voluntad?
- MIGUEL. (*Ligeramente encolerizado.*) Entonces, ¿no poseemos *nosotros* una voluntad decisiva? ¿Desertan nuestros camaradas? ¿No se sacrifican acaso?

- MONÁTKOF. Sí; esa es precisamente la cuestión: que no se asustan de ningún sacrificio... ni de los más grandes... Cada uno de vosotros respeta, tiene en mucho su pureza revolucionaria..., cuando no se debía respetar la propia pureza, sino realizar los problemas objetivos de la revolución. Esto lo exige de nosotros el desenvolvimiento histórico. Y yo debo decirte sencillamente, camarada Miguel, porque contigo tengo confianza, que veo, que presiento choques entre nosotros, pero no choques de opinión, como es corriente... En todas las guerras civiles se transformaron con facilidad estos choques (*Miguel escucha emocionado.*) en francas batallas. (*Miguel se estremece y se levanta.*) Sí..., sí, en francas batallas. Y si empieza una lucha así (*con energía*), es natural que vosotros, si no sois tontos, intentéis descartarnos, o que nosotros intentemos... quitaros de en medio... Ya ves la confianza que tengo contigo... Pongo las cartas boca arriba.
- MIGUEL. (*Indignado.*) ¿Qué táctica de destrucción recíproca es esa?... ¿No pueden dos o más riachuelos correr uno al lado del otro en una revolución?
- MONÁTKOF. En la forma como hasta aquí, no; evidentemente, no. La dictadura no puede permitirse mucho tiempo este lujo... Después, cuando el triunfo de la clase trabajadora haya sido definitivo..., todo lo que tú quieras... Pero ahora..., imposible... (*anda de un lado a otro con manifiesta nervosidad. Se acerca a Miguel.*) Alguno debe intervenir en esta lucha que se aproxima... Ha de ser alguien que esté en ambos campos al mismo tiempo...
- MIGUEL. Habla de ello con Irina, con Blisoschvili...
- MONÁTKOF. Imposible... Esos son fanáticos. No lo comprenderían. (*Acerca su rostro muy despacio al de Miguel y le mira fijamente en los ojos.*) Creo que esa persona... podías ser tú. (*Miguel se separa espantado. Monátkof continúa en el mismo tono.*) ¿También sales ahora con tu fidelidad a los principios?... Precisamente esa fidelidad exige una resolución enérgica..., y tú huyes cobardemente la responsabilidad. (*Va de un lado a otro con las manos en los bolsillos, como si hablase consigo mismo.*) ¿Quién sabe!... La historia te encomienda ahora un papel importante y tú tienes miedo... ¿Qué eres ahora en tu partido? ¿Qué papel representas allí? Un dúo entre la caballerosidad de principios y la pureza... (*Cara a cara.*) Aquí se te ofrece de antemano un papel extraordinario, excepcional. Se te abre un ancho campo..., acción independiente..., grandes influencias.
- MIGUEL. (*En voz muy baja.*) ¿Por qué crees que precisamente yo...?
- MONÁTKOF. (*Detrás de él, golpeándole cariñosamente en un hombro.*) Porque para un papel así es necesario fuerza..., fuerza... y capacidad para dominarse y dominar a otros... «Los fuertes dominan el mundo...», y donde hay fuerza hay también poder. (*Pausa larga. Monátkof se seca el sudor de la frente.*)
- MIGUEL. ¿Me propones que ingrese en tu partido?
- MONÁTKOF. (*Rápido.*) ¿Para qué? Continúa tranquilamente en el tuyo. Tu misión histórica podrá realizarse mejor así. Sólo nosotros dos —tú y yo— cambiaremos nuestras impresiones... No hables de esto con nadie... Ni uno sólo te entendería... Tampoco se lo digas a Natalia Ivanofna... Podría llevárselo todo la trampa.

Silencio.

MIGUEL. Lo pensaré.

MONÁTKOF. (*Le tiende la mano sonriente.*) No lo demores... Ahora tiene que resolverse todo rápidamente. (*Va hacia él y se inclina respetuoso.*)

TELÓN.

CUADRO QUINTO

Plaza al pie de la fortaleza. Un sol velado cae sobre una compacta muchedumbre, cuya mayor parte parece venir del bajo. Obreros con sus blusas, pescadores con sus capotes de agua guardias rojos, marineros, mujeres envueltas en sus mantones, golfos y algunas personas de las que formaban la cola, como el muchacho alegre y el viejo. La policía custodia la plaza.

Arrimada a la pared aparece la mesa del tribunal revolucionario.

Detrás de ella, una bandera roja. Ante la mesa se sienta Súsef, como presidente, y a su lado los dos jueces. Algo distante de éstos se sienta Irina, y en un extremo, el secretario. A un lado, y muy vigilado, está el capitán Lobátkof, sin charreteras. Su uniforme, medio desgarrado. Su actitud digna; pero el gesto, sombrío. El proceso se acerca al fin. Han declarado ya los testigos. En todos los rostros se observa una gran emoción.

SÚSEF. (*Con voz fuerte y sonora.*) Ha terminado la revisión. El tribunal revolucionario concederá inmediatamente la palabra a la acusación. (*Volviéndose hacia Irina.*) El acusador, la camarada Irina, interpretará como nadie el sentimiento de indignación y de cólera que se ha apoderado de todos nosotros a la vista del capitán Lobátkof. Pero antes de concederle la palabra, creo necesario bosquejar, a grandes rasgos, el resultado de la revisión. (*Se vuelve con animación creciente hacia el pueblo.*)

Camaradas trabajadores, guardias rojos y marineros. Hoy nos hemos reunido para juzgar al enemigo del pueblo, al guardia blanco, al *ilustre* representante de los nobles y de los generales...; pero no es éste sólo un proceso contra el capitán Lobátkof, no.

En este día de justicia —al lado vuestro y con vosotros a nuestro lado— acabamos de enterrar a toda la burguesía del mundo, a todos sus satélites, parásitos y aliados secretos. Todo el mundo capitalista sigue, por esta causa, con emoción y espanto la justicia del pueblo, encarnada en la roja enseña del proletariado..., y el tribunal revolucionario demostrará que está a la altura de la honrosa misión que le confió la clase trabajadora. (*Coge sus lentes y los limpia.*) Vosotros habéis oído lo que los testigos han dicho de las maldades y fechorías de estos malditos cosacos. Eran despiadados hasta lo último con el pueblo trabajador... (*De la masa salen voces de indignación: «¡Abajo los generales!» «¡Mueran los verdugos!» «¡Un tiro en la cabeza!» Los gritos se convierten en un verdadero escándalo.*) ¿Y por qué lo hizo el capitán Lobátkof? Porque él, con toda su banda, ejecutaba las órdenes recibidas de las potencias extranjeras: Inglaterra, Francia, América...

Este oficial *ruso*, este patriota, que pretende luchar por la «madrecita Rusia», no es, en verdad, otra cosa que el *dependiente* de la Entente..., el dependiente del capitalismo mundial. (*El escándalo arrecia; se oyen gritos: «¡Dependientes! ¡Esclavos de la Entente!»*) ¡Ahora defienden con encono y saña los privilegios de su clase..., sus bancos..., sus posesiones..., sus fábricas!...

Y, por último, este capitán Lobátkof, de los ejércitos del zar, amparándose en el traje de un pacífico ciudadano, entró en nuestra fortaleza para hacer trabajo de mina. (*Gritos de la muchedumbre: «¡Espía! ¡Traidor!»*) El mismo Súsef, con odio creciente.) La dictadura del proletariado no tolerará a sus enemigos de clase... En nombre de la revolución saldrá despiadadamente sus cuentas con ellos. (*Con un gesto de halago para la muchedumbre.*) Juntos con vosotros, obreros y guardias rojos, haremos zumbir en los oídos de los traidores la espada de la revolución.

Ruido, gritos, voces. Súsef se sienta, lleno de satisfacción. Coge otra vez sus lentes y los limpia.

IRINA.

(*Se levanta a hablar. Silencio de muerte en la plaza. Lobátkof baja la cabeza. Mientras Irina habla, se hunden más sus ojos, aumentan sus ojeras. Empieza a hablar en voz baja, que poco a poco se va haciendo más fuerte y sonora.*) ¡Camaradas: obreros y obreras! Ante nosotros está un criminal..., en el verdadero sentido de la palabra; un criminal... En toda la vida no han hecho otra cosa, este oficial Lobátkof... y otros oficiales, que insultar, escarnecer y humillar el cuerpo y el alma de los trabajadores. No existe ninguna humillación, ninguna vileza, que no hayan sido ideadas por sus cerebros nobles contra nuestros hermanos los aldeanos, los trabajadores. El pan no era pan para ellos..., ni el vino, vino..., ni la alegría, alegría..., si no lo habían comprado con la necesidad y miseria de los pobres y atormentados aldeanos.

¿Quién no se acuerda de que fueron los cosacos quienes ahogaron en un mar de sangre la revolución popular del año mil novecientos cinco? (*Dirigiéndose al pueblo.*) ¡Decidlo vosotros mismos, trabajadores! ¿No fue así? (*Voces de la muchedumbre: «¡Sí, así fue!»*) Y en el año mil novecientos diez y siete..., cuando empezaron a alborear las primeras señales de la aurora..., cuando todos los liberales..., harlatanes sin conciencia..., corrieron a la guerra..., ¿quién levantó otra vez el látigo y el palo contra el pueblo? Decidlo vosotros mismos, trabajadores, ¿no fueron ellos? (*Voces: «Sí, sí, ellos.»*) Y ahora, cuando el obrero ha cogido el poder en la mano... *y no lo volverá a soltar más...*, ahora aletea junto al bando de cuervos y picotea y arranca a pedazos la carne del pueblo...

Excitación grande en las masas.

Aquí se han presentado hoy varios testigos... A mí se me paralizó la sangre en las venas... ¿Cómo es posible que la bestia pueda dominar así al hombre?... Praskowin ha dicho aquí que el capitán Lobátkof había incendiado la aldea Licholetino..., y que no pareciéndole bastante había apostado cosacos en todas las salidas de la aldea para hacer entrar a bayonetazos en la hoguera a aquellas gentes que corrían alocadas por salvarse del fuego... ¿Quién de vosotros, trabajadores, hubiese sido capaz de hacer esto?..

¡El mismo capitán Lobátkof mandó azotar a todos los habitantes de la aldea Bojanskaya! (*Su voz se entristece; se seca una lágrima. Las masas callan.*) Y para hacerlo, fueron llevados a la plaza —entre el júbilo y las carcajadas de aquella chusma de cosacos borrachos— viejos aldeanos barbudos, aldeanas y gente joven, y a plena luz del día fueron arrojados al suelo... y otra vez más zumbó y cayó sobre sus espaldas el látigo del zar.

En la muchedumbre se nota una gran excitación.

Y qué hicieron en Totschilino?... ¡Acordaos!... No les bastó con azotar a innumerables mineros..., con destrozar las minas y las propiedades del pueblo... Mancharon también el alma, la pureza de esta gente... Sus mujeres, viejas y jóvenes, fueron entregadas indefensas a merced de esta turba de cosacos... (*La muchedumbre calla.*) ¿Y creéis vosotros, camaradas, que ellos lo hacen sólo por bestiales instintos, por brutal alegría? No... Por el placer arrojar a la basura la *dignidad* de los trabajadores. ¡Eso lo necesitan! (*Crece la indignación en las gentes.*) Cientos de años fueron siervos de ellos los trabajadores. Sólo con la revolución empezaron a erguir las espaldas, a levantar la mirada hacia el cielo libre, a repartir y a trabajar el suelo de todos, como Dios manda... Esta libertad en los hombres esclavizados no podían soportarla los señores; y con la guerra y el incendio asolaron el país... (*Se oyen gritos de venganza.*) Y cuando ahora veo ante mí a ese Lobátkof, digo: Ha nacido en un imperio embrutecido y él mismo es un animal, ¡una fiera!

Gritos de las gentes; el muchacho alegre grita con todos sus pulmones: «¡Mandadlo a los infiernos». La atmósfera está caldeada y tan excitados los ánimos, que se teme un linchamiento. Irina levanta sus manos, suplicante. La gente enmudece un momento. Irina se inclina sobre la mesa.

¿Y ahora queréis ser vosotros aquí tan fieras como Lobátkof? (*Las gentes quedan anonadadas. Irina muestra en su rostro la cólera.*) ¿No es bastante, por tanto, que ese (*Por Lobátkof.*) haya deshonrado e inundado de sangre y lágrimas nuestro suelo?... ¿Queréis deshonrarlo también vosotros? ¿Ordenaríais a vuestro tribunal, seríais capaces de ordenarle... la muerte de Lobátkof? ¿Seríais capaces de fusilar a este hombre desarmado, aniquilado bajo el peso de sus culpas... y de su vergüenza? ¿Nosotros..., la Revolución?... ¿El pueblo?... ¿Cómo caer sobre un hombre solo?

La muchedumbre calla, confusa. Súsef se levanta rápidamente, indignado. Quiere decirle algo a Irina, que lo rechaza. Innokeuti, entusiasmado, se acerca a ella. Irina continúa. Su rostro se aclara.

¿Por qué calláis..., hermanos..., hermanas? Hace poco ha dicho nuestro presidente que la burguesía mundial tiene puestos sus ojos en nosotros... Es cierto que se nos contempla, pero no la burguesía sola... También los obreros de todo el mundo fijan su vista en nosotros..., ¡y deben ver qué generoso es un pueblo obrero cuando construye una nueva vida! (*Los rostros de la gente empiezan a perder su dureza.*) En campo abierto..., en plena batalla..., pecho contra pecho..., lucharemos hasta lo último contra ellos... Pero ahora es sólo un prisionero nuestro...

Un grito desgarrador, de un niña, rompe el silencio. De las líneas delanteras, y pasando ante los policías, se acerca a Lobátkof y se abraza a sus piernas una muchachita de ocho años.

Lobátkof, hondamente emocionado, la levanta en vilo. Irina lo contempla con emoción. En las masas va disminuyendo la irritación. Se oyen comentarios como éste: «Nosotros también somos personas. También llevamos la cruz a cuestas», y la voz del viejo, que dice: «¿Quién quiere cargar su alma con un pecado?» El muchacho alegre responde: «Nadie quiere cargar su alma con un pecado.» El murmullo de la masa rompe al fin en un grito de triunfo. Todos se dirigen al tribunal: «¡A la cárcel con él! ¡A la cárcel con Lobátkof!»

IRINA.

(Baja radiante de la tribuna y le dice a Súsef, con voz alta y sonora.) ¡Redacte usted la sentencia!...

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En la noche del mismo día. A lo lejos suena un tiroteo velado. Antes de levantarse el telón, se oye tocar alegremente balalaika, acompañada de palmoteos. Gritos de gente alegre.

Al levantarse el telón, aparece la habitación del poeta Alioska, un departamento de proporciones regulares, medio improvisado, pero adornado artísticamente; en primer término hay muchachas y muchachos jóvenes. Detrás, otros invitados, entre ellos Innokeuti, Blisoschvili y Riasanskaya (vestidos mejor que de costumbre.)

En medio de la habitación, con una camisa azul de seda, un cinturón rojo, baila y toca la balalaika Alioska, el poeta de las guedejas rubias y los ojos soñadores.

Alioska se interrumpe de pronto.

¡Ah, vivimos sólo una vida!
Al diablo lo que pueda venir después,
si las monedas suenan en la bolsa.
¡Ah, vivimos sólo una vida!
Una vez, una vez, una vez.

Alioska se interrumpe de pronto.

ALIOSKA. Palomitas de mi corazón, amigos míos; hoy es mi cumpleaños... ¡El cumpleaños de un poeta! El sol ha derramado sobre nosotros toda su luz y todos sus rayos... Heda, luna brillante..., inúndanos con tus torrentes de plata...! Nada de política se tolerará hoy..., nada de dictadura, nada del proletariado..., nada! ¡Quien hable aquí de política pagará una multa!

RIASANSKAYA. *(Alegre.)* ¿Qué multa?

ALIOSKA. ¿Qué multa? El primero que nombre una sola vez siquiera la palabra «Política»..., tendrá que besarnos a todos... ¿Queréis?... Bueno. ¡Voy a cantaros una canción!

¡No..., no..., no!
Yo no quiero morir.
En vano giran esos pájaros sobre nosotros.
Quiero otra vez, como cuando muchacho,
sacudir la lluvia de plata de los árboles
y recogerla abajo en mis manos en forma de taza.
¿Para qué... morir?
¿Hay en nuestros corazones espacio para tal pensamiento?
Quiero hacer todo lo posible,
para divertirnos en el jardín de la vida.

Todos aplauden.

ALIOSKA. *(A Riasanskaya.)* Y ahora, a bailar, Nataschelschka... Camarada... Tus manitas...

Ambos empiezan a bailar con gran entusiasmo un baile popular; Riasanskaya agita en su mano un pañuelo blanco.

BLISOSCHVILI. (Con voz seca.) Con vuestro baile se me ha secado la garganta.

ALIOSKI. ¡Qué tonterías dices, Blisoschvili! La sequedad no existe entre nosotros ¡Alma mía, florece, llamea...!

Desaparece y vuelve con un paquete que abre sonriente, ante el asombro de todos, aparece una botella.

BLISOSCHVILI. (Dándole unos golpecitos en las espaldas.) ¡Bravo, poeta! A decir verdad, debíamos llevarte ante los tribunales. Pero, ¿de dónde has sacado esto? De cualquier forma, ¡bravo!

ALIOSKA. La he recibido del Olimpo Rojo... Me la regalaron los dioses revolucionarios... «porque mi canto era hermoso».. (Escancia, gota a gota, el vino en los vasos.) ¡Ah, lástima que Irina no esté aún con nosotros! ¿Pero vendrá ciertamente Irina?

BLISOSCHVILI. Sí, vendrá. (Va a la puerta. Irina entra, saludada por todos con alegría.)

IRINA. (Ríe, asombrada, extendiendo los brazos.) ¿Pero qué ocurre aquí? ¿Un festín inesperado? En la calle espera la cola pacientemente..., se oye el tiroteo lejano..., ¡Y aquí celebrando festines!

ALIOSKA. (Lleno de entusiasmo.) ¡Se celebra... el cumpleaños del poeta!... Lo que será mañana de nosotros..., no lo sabemos... y yo... os quiero mucho... ¡Por eso os he llamado!

BLISOSCHVILI. (En voz baja, a Irina.) Yo he preparado esto aquí intencionadamente..., para que hablemos sin ser observados. (Irina se retira a un rincón, rodeada de jóvenes, y junto a ella, Riasanskaya. Alioska se le acerca con un vaso de vino, que Irina rechaza con un movimiento de cabeza.)

RIASANSKAYA. (Abrazándola.) ¡Siempre has de estar tan seria, Irinuschka!... Mira qué alegres están todos..., ¡la alegría que reina aquí!... Pero ayer, cuando triunfaste en el tribunal sobre Súsef... (Ríe de corazón.)

ALIOSKA. (La coge por el cuello y le besa con pasión la boca.) Esta es la multa por hablar de política... Así lo habíamos convenido...

BLISOSCHVILI. ¡Cuidado, poeta! Miguel será capaz de ahogarte...

ALIOSKA. ¡Que me ahogue!... Pero, ahora, ¡bailemos todos con Irina!

Todos forman un círculo en torno a Irina; en todas las manos se agita algo encarnado... A los acordes de una armónica, el círculo se estrecha, agitando sin cesar los paños rojos, que ondean como banderas sobre sus cabezas. En medio del círculo baila también, con dejadez, Irina. El círculo se deshace, gritando todos. Irina se sienta cansada.

ALIOSKA. (Acercándose a Irina.) ¡Cómo te quiero!... ¡Cómo te quiero!

IRINA. (De buen humor.) ¡Alioska! Recítanos tu nueva poesía.

ALIOSKA. ¡En seguida! Esta la he escrito para ti.

¿Morir? ¿Cómo morir?
 ¿Hay en los corazones lugar para estos pensamientos?
 ¡Sería triste para el sol, triste para la luna!
 ¡Triste para las acacias que se levantan ante las ventanas!
 Son sólo benditos para los vivos:
 prados, torrentes, estepas, bosques.
 Yo quiero vivir, vivir, vivir,
 vivir hasta el horror, hasta el martirio,
 sea como ladrón, sea como criminal.
 Ved sólo cómo los ratones retozan de alegría en el campo.
 Oíd cómo las ranas cantan de felicidad en los charcos.
 ¡Por el amor de Dios! ¡Enséñame!
 ¡Dime! Yo lo haré todo
 para alegrar a los hombres la vida.

Durante esta canción, que ha conmovido a todos, Blisoschvili se ha acercado a sus camaradas y sin ser observado les ha dicho algo. Tras un momento de silencio empieza de nuevo la alegría entre la gente joven, que se retira al fondo, donde reina una semioscuridad. Innokeuti, Blisoschvili y los otros se reúnen en un rincón, en torno de Irina. Riasanskaya, con otros, vienen bailando desde el foro. La puerta se abre y entra Miguel. Se sienta y mira acobardado en torno suyo. Riasanskaya se sienta a su lado.

- BLISOSCHVILI. Debemos tomar providencias, camaradas... No sé cómo pensáis vosotros... Pero yo estoy intranquilo, especialmente después de la sesión de hoy... ¿Habéis observado cómo el viejo hablaba siempre del desbarajuste? Creo que él necesita este desbarajuste... para imponer el servicio militar obligatorio y la pena de muerte... Su gente no le opondrá mucha resistencia... Onufvief sólo sabe decir: «¡Las cosas, claras».
- INNOKEUTI. ¿Y habéis observado cómo el viejo cambiaba miradas con Zuckerman durante la sesión?... Algo traman los dos...
- IRINA. (*Suspirando.*) Yo presiento que ellos preparan algo en la fortaleza..., pero ignoro lo que es... No puedo apartar de mi pensamiento sus palabras: «Algo inesperado, algo que les coja de sorpresa». Les conozco en los ojos esta conjura... Entregar la fortaleza sin definirla.
- RIASANSKAYA. (*En voz baja.*) Yo quería también desde hace mucho tiempo hablaros de mis observaciones. Mis trabajos tropiezan con una resistencia que no sé de dónde viene... ¿No es verdad, Miguel? Hace tiempo que lo he dicho. (*Miguel se estremece.*)
- BLISOSCHVILI. (*Convincente.*) También nosotros debemos tomar nuestras providencias. La situación en la fortaleza es seria... Estos días ha de decidirse todo... El peligro nos amenaza...

- INNOKEUTI. Nosotros no hemos de abandonar una idea con la que hemos atraído al pueblo al lado nuestro... Nosotros, pescadores, hemos visto el peligro más de una vez, ante nuestros ojos cuando las olas, rompiendo sobre nuestras cabezas. Pero cuando se teme a Dios... (*Una descarga de artillería le interrumpe.*) ¿De qué tener miedo?
- IRINA. (*Hablando consigo misma.*) Sólo porque el diablo se ha metido dentro de ellos..., y devora..., y devora sin cesar sus almas..., ¿han de romper nuestra unión?
- BLISOSCHVILI. (*De nuevo, convincente.*) Tenemos que cambiar nuestras normas de trabajo... Debemos movilizar todas nuestras fuerzas... para, en último caso, defender la fortaleza nosotros mismos... Tenemos que repartirnos por todas partes..., en las fábricas..., en los puestos..., en los arrabales..., para prevenir a las masas...
- RIASANSKAYA. Entonces abandonaré el asilo de niños y partiré en seguida para el puerto de Gorny... Allí hay mucho que hacer... También...
- BLISOSCHVILI. Bueno... Los otros también, para que en la sesión de mañana formemos el cuadro. Pero, camaradas, el más absoluto silencio, ¿eh?
- IRINA. Debemos preparar también a nuestros amigos para cualquier eventualidad... ¡Miguel! Acércate un... Tengo que darte algunas instrucciones.

Miguel se acerca a ella. Irina le dice algo al oído... Los otros hablan entre ellos. Miguel es el primero que se levanta y se prepara a marchar. Riasanskaya le acompaña con su mirada. En Miguel se advierte un gran azoramiento. Los otros se levantan también, y poco a poco se van separando. Alioska, con los otros, se acerca al primer término, cantando y bailando.

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

Noche del mismo día. Habitación de la Tcheka, aislada de otra gran habitación por medio de un biombo de madera.

En un rincón, botellas de vino confiscadas; arrimadas a la pared, distintas clases de armas: pistolas, fusiles, ametrallaras.

La ventana, oculta por una reja; en ella, una ametralladora, apuntando hacia la calle. La habitación es sombría, sucia, en forma de vivac y de un aspecto poco tranquilizador.

Encima de una mesa, un gran montón de actas. En otra mesa, una completa instalación de aparatos y señales. Detrás de la puerta se oyen voces de personas que discuten. Dos guardias conducen a Riasanskaya al interior de la habitación.

- ZUCKERMAN. (*Hablando al teléfono, enérgico, categórico, convincente.*) Dígame usted que le doy dos horas para editarlo... O lo dice todo... o cuatro tiros... Sí... No tiene más que estas dos salidas. O la libertad o los cuatro tiros. (*Cuelga el auricular y se vuelve hacia la puerta.*)
- RIASANSKAYA. (*En la mayor indignación; sus ojos echan chispas.*) ¿Qué significa esto, camarada Zuckerman?...
- ZUCKERMAN. (*Rápido.*) ¿Qué te ocurre, camarada Riasanskaya?

- RIASANSKAYA. He sido detenida en la calle y conducida aquí... ¡Dicen... que por orden tuya!
- ZUCKERMAN. No te excites, camarada Riasanskaya.
- RIASANSKAYA. ¿Qué significa esto? ¿Prisión?
- ZUCKERMAN. No... Quería hablar contigo.
- RIASANSKAYA. ¿Y se llama así a un camarada?
- ZUCKERMAN. Dejemos las formalidades, camarada RIASANSKAYA. Toma asiento; tenemos que hablar muy seriamente.

Aleja con un gesto a los centinelas. Riasanskaya se sienta después de un momento de titubeo. Un silencio, durante el cual se observan mutuamente. Zuckerman apoya la cara en el puño, que vuelve a tomar la forma de un revólver; de pronto alza la cabeza y fija sus ojos en Riasanskaya. Tengo noticias de que estáis descontentos... ¿Por qué estáis descontentos? ¿Preparáis una conspiración?

- RIASANSKAYA. ¿Estás loco?... ¿Cómo se te ocurre eso?...
- ZUCKERMAN. *(Un momento silencioso y sombrío.)* ¿Por qué no estás en el asilo de los niños?... ¿Qué hacías en el puerto de Gorny?...
- RIASANSKAYA. *(Se estremece; después dice intranquila.)* ¿Cómo lo sabes tú?
- ZUCKERMAN. Se te ha visto a altas altas horas de la noche entre los pescadores. *(Silencio.)*
- RIASANSKAYA. *(Irritada.)* No tengo que darte cuenta de mis actos... Sólo a mi partido.
- ZUCKERMAN. *(Rápido.)* No. No es eso... Yo soy aquí el representante de los Soviets, y vosotros debéis obedecerme... Todos.
- RIASANSKAYA. ¿Cómo has podido pensar en una conspiración?
- ZUCKERMAN. Vosotros estáis hace algún tiempo contra nosotros... ¿Qué ha hecho hoy la camarada Irina al juzgar en la plaza al capitán Lobátkof?... Sois contrarios a la defensa de la fortaleza... Sois contrarios al servicio militar obligatorio... Sois contrarios a las medidas que exige el proletariado.
- RIASANSKAYA. *(Riendo.)* ¡Tonterías!... ¿Qué proletariado? las deseáis vosotros.
- ZUCKERMAN. *(Sombrío.)* Lo veis... Luego sois contrarios. *(Su forma de hablar se torna doctrinaria. Adopta el mismo tono que Monátkof.)* La dictadura del proletariado en un país atrasado económicamente, bajo una sangrienta y despiadada guerra civil, debe ampararse enérgica y cruelmente en la fuerza revolucionaria. *(Calla unos momentos, entornando los ojos. De pronto, inclinándose ella amablemente.)* ¿Y por qué no habéis francamente un movimiento para que sepamos... qué más se esconde dentro de vosotros?...
- RIASANSKAYA. *(Saltando llena de indignación.)* ¡Sólo faltaba esto!... ¿Quieres provocarnos? ¿Sabes lo que haces?... Estás hablando con una camarada... *(Detrás de la puerta se oyen voces, llantos, gritos.)*
- ZUCKERMAN. Un momento... *(Al Centinela que entra.)* ¿Qué ocurre?
- CENTINELA. Otra vez la vieja generala... Se ha escabullido de nuevo...

- ZUCKERMAN. *(Con odio reconcentrado.)* ¡Vaya al demonio! *(Va a la puerta. Se ve cómo una señora anciana se abraza a él, mientras es separada por la espalda. Zuckerman, brutal.)* ¡No dejarla entrar más!... El que vuelva a dejarla entrar será llevado ante el tribunal... ¡Un centinela aquí!... *(Un Centinela, con fusil y bayoneta calada, entra en la habitación. Zuckerman cierra la puerta y vuelve sonriendo irónicamente. Riasanskaya sigue sus movimientos con la mirada. Zuckerman vuelve a sentarse ante la mesa, con la cabeza baja y murmurando.)* La generala ha pecado bastante, muchachos... Al infierno con todos ellos.
- RIASANSKAYA. *(Su rostro se aclara y sus ojos se entristecen.)* ¡Pobre hombre... ¿Por esta causa no tratas a nadie con miramientos?
- ZUCKERMAN. *(Amargado.)* ¿Por qué hemos de hacerlo con los hijos de Caín? ¿Lo han hecho ellos con alguno de los nuestros?... Yo era un pobre muchacho en una ciudad judía... ¿Podéis imaginar vosotros, ni nadie, cómo era allí pisoteada mi gente? Mi padre se pasó su vida entera buscando trabajo, y murió en la más amarga miseria. No querían mandar a mi hermana a servir en la ciudad. Sabían que allí estaba perdida para siempre la pobre... Mi madre lloraba... Mi padre lloraba..., y al fin la dejaron... ¿Y yo? A los nueve años tuve que trabajar en casa de Müller... No me dejaban comer con ellos a la mesa... Comía detrás de la puerta, como un perro. *(Da un puñetazo en la mesa, que hace que todo tiemble.)* ¿Y el Progom que tuve que presenciar? ¿No es nada esto?...

Se levanta, se yergue, su voz atruena, llena de dolor y cólera. El Centinela escucha atentamente.

¿Y en nuestra historia, qué ha ocurrido siempre? Cuando pasaba algo, algo malo —malo tenía que ser—, empezaban por arreglar las cuentas a los judíos... En la antigüedad hubo un judío, y este judío fue crucificado... No sé ya si era bueno o malo... ¡Pero era nuestra propia sangre..., y después, los mismos que lo crucificaron aceptaron las doctrinas de aquel judío; Cristo.

¿Y crees, camarada Riasanskaya, que se lo agradecieron al pueblo judío?... No. ¡En nombre de ese Cristo los siguen crucificando! y cuando en la Edad Media estalló la peste, sacrificaron judíos... y cuando más tarde se organizaron las cruzadas..., en una cosa tan ideal como la liberación del Santo Sepulcro..., quemaron judíos... ¡y así fue y es en todas partes, España..., en Portugal..., en Alemania..., en Polonia..., Rusia! Cuando algo iba mal..., o un gobernador quería hacer carrera..., ¡una matanza de judíos!...

¿Ha hecho alguien algo por este pueblo, camarada Riasanskaya? Por el pueblo de los sin patria y de los miserables?..., como rusa, no puedes comprenderlo... ¡Y esto hubo sufrirse mil años..., dos mil años! *(Triunfante.)* Hasta que ha llegado nuestra hora..., llegó el vencedor: el proletariado. Y yo, Boris Zuckerman, he comprado con mi sangre el honor de estar entre ellos, y hoy soy el presidente de la Tcheka, ese alto castillo rojo de la dictadura proletaria... Y esto deben sentirlo todos... Los hijos de Caín, los jesuítas, los inquisidores, los carniceros, los gobernadores del zar y este capitán Lobátkof... Deben sentir que hay una justicia en el mundo... Pero tú no lo puedes comprender, camarada Riasanskaya... *(Se detiene en la esquina con ojos relampagueantes, como un animal acosado.)*

- RIASANSKAYA. (*En gran excitación.*) ¡No..., no digas eso..., te lo suplico, no digas eso..., camarada Zuckerman... Yo no soy rusa... Yo soy también judía, y he oído en mi casa todas esas cosas. (*Con dolor y amargura.*) También yo siento en mi sangre nuestra historia pasada... (*Un momento; se levanta orgullosa.*) ¿Pero dónde hoy todos los Césares, los padres de la Iglesia, los generalísimos, que nos pisotearon? ¿Dónde han ido a parar todos? Han desaparecido en la oscuridad de sus propios odios... Y nosotros..., vagabundos sin patria, rodeados por el odio y la cólera..., nosotros vivimos, vivimos y comerciamos. ¿No es esto la justicia? (*Va excitada de un lado a otro. Zuckerman está visiblemente conmovido. El Centinela, apoyado en su fusil, escucha atentamente.*) ¿Debemos proceder nosotros como ellos? Ahora que ha resplandecido este hermoso día; ahora que ha empezado en nosotros la revolución social, ¿quieres tú, Zuckerman, utilizar esta época luminosa para saldar las cuentas de nuestra historia? ¿Quién te da a ti el derecho para ello?... Tú... ve a los cementerios de todo el mundo y pregunta a los martirizados judíos que allí reposan... si necesitan tu venganza... Tú debes entonces continuar la Edad Media y la peste y las Cruzadas. (*Silencio.*) Yo crecí también entre odios, miserias y amarguras... Pero por eso mismo no soy vengativa, sino revolucionaria. (*Se acerca orgullosa a Zuckerman con ojos brillantes. El Centinela, sin darse cuenta, ha ido aproximándose poco a poco.*) Mira tú, camarada Zuckerman, y también tú, camarada guardia rojo... ¿Cómo te llamas?
- CENTINELA. Antipoff.
- RIASANSKAYA. Oye, camarada Antipoff, por eso tomamos parte nosotros, los judíos, en todas las revoluciones... Allí donde se encuentren hombres que quieren arrojar la carga de sus tormentos..., allí hay judíos que luchan, que se sacrifican, que mueren. Esa es nuestra venganza..., precisamente porque nosotros hemos apurado más que nadie el cáliz de la amargura, pisotearemos con nuestros pies ese cáliz... por todos...
- ZUCKERMAN. (*Con voz velada.*) Es difícil creer... lo que dices... Las Sodomas existirán siempre.
- RIASANSKAYA. (*Con voz de triunfo.*) ¡No, Zuckerman!, ¡eso no es verdad! Sólo tú ves en todas partes odios y ladrones e hipócritas... Pero también en Sodoma hubo algo bueno entre los hombres... Hubo lágrimas. Pueblo con corazón puro lo hubo siempre y lo hay hoy con éste se construirá la nueva vida... ¡Cuánta alegría, cuánta infinita alegría hemos de disfrutar aún! y su alma, Zuckerman, se humanizará entonces también. ¿Verdad, Antipoff? (*Pausa. Riasanskaya mira en torno, como volviendo a la realidad, y se dirige a Zuckerman con voz tranquila.*) Y ante esta alegría..., ¿qué disputas ni contiendas pueden separarnos?... Nada más tengo que hacer aquí. (*Marcha con pasos seguros hacia la puerta. La guardia presenta armas. Zuckerman permanece inmóvil. Riasanskaya abandona la habitación.*)

TELÓN.

CUADRO TERCERO

Altas horas de la misma noche. Fuera, llueve. Sala de sesiones del Comité revolucionario, débilmente iluminada. En la esquina, y ante una mesa llena de actas, se sientan Kostolomsky y Onufvief. De vez en cuando cambian alguna palabra.

KOSTOLOMSKY. Si pudiésemos movilizar todos los carros y camiones, haríamos el transporte ordenadamente.

ONUFVIEF. No... Para muchos no alcanzarán... Tenemos allí demasiada impedimenta militar... No podemos abandonarla...

KOSTOLOMSKY. (*Cruza las manos.*) ¿Qué hemos de hacer entonces?

Entra precipitadamente, con gran excitación, la mujer de Monátkof y se dirige a Kostolomsky.

MUJER DE MONÁTKOF. Acabo de oír que evacuáis los arrabales..., que debéis evacuarlos... ¿Pero por qué esta precipitación?... Nadie está allí enterado de nada... Pronto estallará el pánico entre ellos.

KOSTOLOMSKY. No importa... Ya se les comunicará, si es preciso.

MUJER DE MONÁTKOF. ¿Qué significan estas palabras: «si es preciso»?... Allí no se mueve nadie todavía... Todos continúan en sus puestos... Aquello será bombardeado, seguramente.

KOSTOLOMSKY. ¿Cómo que todos quedan en sus puestos? Todas las autoridades soviéticas y todos los partidarios del régimen serán evacuados a tiempo.

MUJER DE MONÁTKOF. ¿Os habéis vuelto locos todos? ¿y la población? ¿Y los asilos de niños?

KOSTOLOMSKY. (*Eludiendo.*) También los asilos de niños serán puestos a salvo. ¿Qué podemos hacer? De las investigaciones ha resultado que en la ciudad no hay sitio para todos... Onufvief y yo nos rompemos la cabeza por este punto principal... Además, no tenemos tiempo de...

ONUFVIEF. (*Levanta la cabeza de las actas.*) Las cosas, claras.

MUJER DE MONÁTKOF. Pero, bueno... ¡Vosotros habéis perdido la cabeza! ¿Queréis que sea destrozada en pedazos la población pacífica? (*Onufvief y Kostolomsky cambian miradas.*) Acabo de atravesar el patio; cada vez irrumpe más gente... Huyen de los arrabales... Piden que se les ponga, con sus cosas, en seguridad... y la lluvia cae a torrentes sobre ellos... La noche es oscura como boca de loco... Una mujer, con un niño en brazos, se ha agarrado a mí..., gritando... Quiere hablar con vosotros... Está ahí..., detrás de la puerta... ¿La dejo entrar?

KOSTOLOMSKY. Que entre.

Entra, muy excitada, una mujer envuelta en un mantón, empapado de agua; se lo quita y descubre el rostro de una joven trabajadora; en sus brazos gime un niño de pecho. La mujer de Monátkof la conduce cariñosamente a un rincón y le ofrece una silla. Kostolomsky se acerca con rostro demudado a La Trabajadora, le coge el niño y pasea con él, en brazos, por la habitación, acunándole, hasta que se calla. Después se sienta ante la mesa, con el niño en las rodillas, y contempla las actas.

- KOSTOLOMSKY. ¿Dónde puedo alojarte, camarada? Si te alojo con tu familia, seguramente no seréis dos, sino seis o siete lo menos. Y si lo saben los vecinos...
- MUJER DE MONÁTKOF. ¿No tenéis compasión de estos seres inocentes? ¡Increíble!
- KOSTOLOMSKY. (*Severo.*) ¡Qué nos habla usted de compasión, camarada Monátkof! Nosotros lo sabemos todo... Tenemos bastante compasión con las criaturas... (*Mira al niño.*) Pero esos hombres han hecho nuestro suelo tan indigno, tan miserable..., que sólo puede purificarse con sangre... para su propio bien... ¡Compasión, compasión..., pero la basura queda!
- MUJER DE MONÁTKOF. Pero no se puede poner en peligro de muerte a seres inocentes... Son trabajadores.
- KOSTOLOMSKY. (*Más severo.*) Y puestos a salvar la vida de los hombres..., ¿por qué sólo la de los trabajadores y no también la de los burgueses..., la de los generales? ¿No son hombres también? ¿Qué contabilidad es la vuestra? Si por la revolución podemos asolar, exterminar aquellos..., ¿por qué *no* a todos?... (*Acunando al niño.*) ¡Compasión! Por compasión precisamente debemos extirpar la contrarrevolución... ¡Inocentes! ¡Deben morir diez mil inocentes ¡para que diez millones sean libres de sufrimientos! (*Kostolomsky pone otra vez el niño en brazos de su madre, que acaba de levantarse.*)
- ONUFVIEF. (*Con una mano sobre las actas, tranquilo.*) Sí, de miramientos no podemos hablar... Esto es una confusión del cerebro llevada a cabo por la burguesía... Las cosas, claras..., ¿eh?... ¿Ha tratado con miramientos la burguesía a alguno de los nuestros? Ahora le llegó el tiempo al proletariado?..., su tiempo..., y debe imponer sus ideales... Antes imperaban los grandes terratenientes, los nobles, los capitalistas; y ahora le ha llegado la hora a los trabajadores... El poder y la fuerza son nuestros..., y no dejaremos que nos los arranquen. Dictadura del proletariado... y con esto basta... ¿Cómo se puede charlar aquí de compasión? (*De nuevo se abstrae en el estudio de las actas.*)
- MUJER DE MONÁTKOF. (*A Kostolomsky.*) ¿Qué haréis con esta trabajadora?
- KOSTOLOMSKY. Bueno..., la alojaremos.
- MUJER DE MONÁTKOF. ¿Y a los otros niños?
- KOSTOLOMSKY. A los otros, también.
- MUJER DE MONÁTKOF. ¿Y los mayores? (*Kostolomsky enmudece.*) Bien..., yo lo arreglaré con el camarada Monátkof. En seguida me quejaré a él.
- ONUFVIEF. (*Serio.*) No hace falta. Nosotros tres —Monátkof, Kostolomsky y yo— lo arreglamos todo.

De la habitación vecina llega Monátkof, de trabajar. Al pasar unto a su mujer para dirigirse a los otros, ella lo rechaza.

- MONÁTKOF. (A media voz.) ¿Tenéis cuidado con la hora? ¿Está preparado el Estado Mayor? (Kostolomsky y Onufvief callan. Esta esquina de la habitación se oscurece; en la otra, la mujer de Monátkof coge del brazo a su marido.)
- MUJER DE MONÁTKOF. (Excitada.) Oye lo que hacen... No ponen en salvo a los infelices de los arrabales de allí... Los ametrallarán... (Monátkof le escucha distraído; ella le mira con asombro y continúa, la voz velada por la emoción.) ¿No podéis dejar la evacuación para dentro de unos días?... ¿A qué esta precipitación?
- MONÁTKOF. (Preparándose para salir otra vez, rápidamente.) No se puede prolongar...
- MUJER DE MONÁTKOF. Pero morirán muchos de los habitantes...
- MONÁTKOF. No puede evitarse... Estamos en guerra civil. (Siempre con el mismo tono convincente.) Pero las autoridades... y los asilos de niños serán puestos en seguridad.
- MUJER DE MONÁTKOF. (Tranquila y dócil.) ¡Por consiguiente, nosotros nos protegemos en primer lugar...
- MONÁTKOF. No a nosotros, sino al aparato de la revolución.
- MUJER DE MONÁTKOF. ¿Qué dirán los que se hayan quedado allí, al verse en medio de aquel diluvio de balas?

Monátkof se encoge de hombros; la mujer le mira dío. Si tú has resuelto eso definitivamente, mañana iré a los arrabales..., abandono nuestra torre del fuerte... Yo quiero estar... donde los demás.

- MONÁTKOF. (Se estremece como herido por un rayo; mira unos momentos en silencio; después, arrebatadamente.) Olinka, ¿a qué ese sacrificio tan inútil?... No debe sacrificarse uno sin objeto... Esto no es un juego. (Acaríciala la cabeza con torpe ternura.) Olinka, ¿qué quieres hacer?... ¿Dejarme solo?... ¿En estos momentos?... ¿Tú sabes lo solo que estoy?
- MUJER DE MONÁTKOF. (Con voz temblorosa.) ¿Y no lo estoy yo también? Sin hijos, los dos estamos solos... entre tanta gente...
- MONÁTKOF. (Le acaricia sus hombros.) Te quedarás aquí, ¿verdad, Olinka?
- MUJER DE MONÁTKOF. (Con tono enérgico.) Mañana iré a los arrabales.

TELÓN

CUADRO CUARTO

Habitación de Monátkof. Una estancia estrecha, que comunica con la sala de sesiones. Mesa con actas, libros y teléfono. Brilla sólo una pequeña lámpara eléctrica.

Entra Monátkof, sombrío, por la puerta de hierro, y pasea la estancia. Después, se tumba en el sofá; vuelve a levantarse; se quita los zapatos y la chaqueta; vuelve a echarse. Sólo un pequeño rayo de la lámpara ilumina su rostro. Pasa un minuto. Se mueve intranquilo, de un lado al otro... oye veladamente, pero a compás, marchar la gente.

En la oscuridad que, de pronto, se extiende por la habitación, se destacan siluetas de gentes marchando alineadas. Arriba, en rincón de la derecha, se oye una carcajada irónica. Después salta el Diablo en la habitación. Viene vestido de negro, como un gentleman: una larga llama roja flamea de su boca, como una lengua de fuego.

DIABLO. (Riendo.) Buenas noches, camarada Monátkof... ¡Es interesante cómo practicáis vosotros el socialismo!

Las siluetas toman fuertes contornos. Con pasos amortiguados marchan guardias rojos en formación perfecta. Todos llevan fusiles, camisas, gorras iguales, con la estrella roja. Entre ellos, banderas; a la cabeza, comisarios. Monátkof, desde un balcón, saluda con la mano; a cada sección que pasa, vuelve el rostro hacia el Diablo como a una voz de mando, y grita algo. Se escuchan, amortiguados, los acordes de la Internacional.

DIABLO. ¿Qué bonito, eh?... El ejército rojo... exactamente como el zarista... ¡Exactamente!...

Las mismas figuras se transforman de guardias rojos, en soldados rusos de los tiempos pasados. Las camisas y los fusiles quedan los mismos; sólo las gorras sin la estrella roja; las banderas también son otras. En vez de comisarios van a la cabeza oficiales de los tiempos del zar. Estas tropas desfilan al mismo paso, al compás de una marcha militar.

Monátkof se mueve cada vez más intranquilo; en el rincón se oye otra vez la risa cínica del Diablo.

DIABLO. Y ahora contemplemos a tu pueblo libertado...

El panorama se transforma en una hilera de fábricas de las mismas dimensiones... Entre ellas, alguna casa de vecindad, iguales también. Columnas de humo suben al cielo. En uno de estos edificios falta la pared, de forma que el público vea lo que ocurre en el interior. En distintos pisos, el mismo cuadro: ante las máquinas, que sin cesar se mueven, hay cientos de trabajadores y trabajadoras. Ante el edificio de la fábrica está colocada una gigantesca balanza... A su lado, un tenedor de libros, sobrenatural, con una pluma detrás de la oreja. Delante de todo, un gran parque, cercado de árboles de iguales dimensiones. En este parque se ven pequeños jardines, arriates geométricos, y entre los árboles, estatuas. En los caminos se divisan mujeres, hombres y niños. Todos bien vestidos, bien peinados, pero con expresión de cansancio.

Cuando llegan a un determinado lugar del parque, donde se ven los contornos difusos de Monátkof, le saludan con la mano, fatigadísimos, con débil y muerta sonrisa.

DIABLO. ¡Pueblo feliz! Pero están algo inquietos contigo... ¿Abrumados quizá por tanta felicidad y gratitud? Es para morir de aburrimiento contigo y con los tuyos...

Monátkof se mueve intranquilo en el sofá. Nueva transformación en los cuadros. Monátkof aparece sentado ante su mesa; de cuando en cuando llegan hombres que se le acercan para pedirle órdenes o instrucciones. Entre los que llegan se ven muy a menudo los tipos de Onufvief, Kostolomsky, Súsef.

Todos están ante él en actitud respetuosa y militar; de sus labios salen siempre las palabras «Las cosas, claras»...

Todo pasa con fantástica rapidez. Monátkof, el verdadero Monátkof, tumbado sobre el sofá, se yergue a medias y grita de mal talante: «No seáis tan serviles; reñidme también».

De la esquina llega una carcajada irónica. El cuadro vuelve a iluminarse de pronto. Aparece un incendio; se ve una multitud que se va acercando; le sale al encuentro policía de a pie y a caballo. Entre ellos se distingue a Monátkof, dirigiéndose a todos, tratando de contenerlos. Entre la multitud se ve claramente el rostro angustiado de la mujer de Monátkof, a quien también trata de contener. Monátkof, en el sofá, gime entre sueños. En el cuadro aparece de pronto una confusa mezcla de rostros, cuerpos y chispas de fuego. En este caos, surgen por distintos lugares los rostros de Miguel, de Riasanskaya, del niño de La Trabajadora en la escena anterior, de la Hija del capitán Monátkof. Una lluvia de luego cae sobre todos.

DIABLO. (Ríe en la esquina, imitando la voz de Monátkof.) ¡No se puede evitar! ¡Estamos en guerra civil.

Monátkof se cubre el rostro con las manos. En el cuadro aparece una estepa sombría y solitaria, cubierta por un cielo tenebroso. Monátkof, con las manos en los bolsillos y la gorra calada hasta los ojos, pasea solitario. De vez en cuando se detiene y mira en torno. A lo lejos se ven rayitas de luz, como ojos de lobos. Respirando profundamente, sigue su camino. Estremeciéndose en el sofá, y adormilado, dice: «¡Qué solo».

La risa irónica del Diablo se confunde con el timbre del teléfono. Este suena fuertemente; Monátkof se levanta de un salto.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Al día siguiente, por la mañana temprano. El cielo está cargado de nubes. Ante la ventana abierta, que da al Volga, se sienta en una mecedora Irina, cansada y agotada, con señales evidentes de no haber dormido. La cabeza apoyada en la mano, escucha el ruido del puerto. El gemido de las sirenas, las melodías captadas por los marineros del Volga y los acordes de la Internacional se mezclan, formando una melancólica sinfonía. Irina respira profundamente.

Arika entra despacio y, se coloca detrás de ella.

IRINA. *(En voz baja.)* ¿Qué ocurre, Arika? ¿Por qué vienes aquí?

ARIKA. Natalia Ivanofna me ha mandado, por si necesitaba usted algo. Seguramente no ha dormido usted en toda la noche.

IRINA. No necesito nada, gracias. *(Se acerca a ella y la mira en el rostro.)* Tú eres un ser feliz, Arika. ¿Quieres mucho a tu Nikita? Pronto irás al pueblo, a cuidar niños.

ARIKA. *(Riendo, avergonzada.)* Ya es hora de cuidar los propios, no siempre los extraños. *(Pausa.)* Nikita acaba de llegar para comunicarle a usted algo... Creo que una sesión o algo parecido.

Nikita, con el fusil al brazo, entra, pisando cuidadoso con sus pesadas botas. Cambia miradas cariñosas con Arika y saluda a Irina con un apretón de manos. Pausa.

IRINA. Dime, camarada Nikita... ¿No deseas con toda tu alma que esto tenga un fin?... ¿Que se acabe de una vez la revolución y puedas volver a tu pueblo?

NIKITA. ¡Claro que quisiera!... No acabamos de salir de la guerra... ¡Ah, entre nosotros, en el campo... ! *(Calla, sumido en sus pensamientos.)*

En el cuadro aparece un campo de sazonadas espigas, con segadores y segadoras. El cielo es azul y aterciopelado. La visión desaparece.

Ah, camarada Irina..., pronto acabará la revolución... También llegará para ti el tiempo de descansar... con todos nosotros... Tú estás siempre tan sola... y has sido demasiado tiempo novia de Cristo.

IRINA. *(En voz baja, pero severa.)* Nosotros no podemos, Nikita. Mi alma ha sufrido ya tanto... Yo misma me asombro de tanta resistencia... Pero desde aquellos tiempos el alma sólo sirve a un único fin: al pueblo, a la revolución... Nosotros no podemos dar nuestro corazón a un hombre solo... Si empezamos así, hemos acabado para siempre... La cosa es clara: o tu amas a alguien..., es decir, te amas a ti..., o te entregas al pueblo... con todo tu amor, con todos tus sueños, con todas tus fuerzas. *(Va, pensativa, de uno a otro lado de la habitación; fuera se oye el ruido amortiguado de las sirenas. Irina continúa.)*

El objeto de nuestra vida es arrancar, a la fuerza, del cuerpo del pueblo, todas las sanguijuelas que le absorbían la sangre, a fin de que la vida sea para: todos los hombres más ligera, más pura, más brillante..., para que vosotros, el pueblo, se gobierne solo. (*Se acerca a Nikita con severidad.*) y abre bien los ojos, Nikita... para que ni entre vosotros ni entre nosotros vuelva a haber sectores... ¡Donde hay señores, hay también siervos!

NIKITA. (*Riendo.*) No temas, camarada Irina; nosotros husmeamos ya a los señores a cien leguas... y si son buenos con nosotros..., ¿qué hacer entonces? En nuestro pueblo hay también señores muy buenos (*Pausa.*) Aquí en el Comité, están todos por el pueblo. Yo, sin embargo, ¿qué no he presenciado ya aquí? En cuanto ruge un comisario, veo ante mis ojos a Gavrulin, el maestro de la fábrica.

IRINA. ¿Cómo? ¿Tú estabas empleado en una fábrica?

NIKITA. (*Orgulloso.*) Naturalmente... Yo soy obrero y soy aldeano. Allí estuve de centinela no hace mucho en el departamento del camarada Súsef. Un buen hombre..., instruido... ¿Pero por qué nos imita a nosotros, los trabajadores? ¿Tú eres una persona educada? Bueno, pues resuelve lo tuyo. Habla como sientas tú misma. Ellos, no; ellos hablan por el pueblo... ¡Como si el pueblo fuese un niño!... (*Pausa. Nikita deja el fusil a un lado y se da unos golpes en los muslos.*) ¿Por qué le es tan difícil a los hombres vivir sencillamente? ¡El socialismo es eso: una vida sencilla! (*Arika se santigua, asustada, y abandona la habitación.*)

IRINA. (*Cambiando de tono.*) Camarada Nikita, se prepara algo en la fortaleza... Temo que no puedas volver tan pronto a tu pueblo... ¿Tienes hoy también guardia en el Comité?

NIKITA. (*Cogiendo el fusil.*) No; hoy no nos han llamado.

IRINA. Me lo figuraba. Ahora eligen ellos su gente, la tamizan... Bueno; no permitáis, tú ni los otros, que os echen de la fortaleza... Mucho más, porque seréis necesarios... Permaneced juntos para que os veamos durante la sesión... Algo sucederá, camarada Nikita... (*Suena el silbato estridente de una sirena.*) Reemplazadnos... en caso de necesidad...

CUADRO SEGUNDO

En la torre de la fortaleza. De día. Por la puerta del corredor que conduce a la sala de sesiones, entran miembros del Comité, hablando excitadamente. Entre ellos, Onufvief, Kostolomsky, en último lugar, Monátkof e Irina.

IRINA. (*Severa.*) ¿Por qué han convocado a sesión si el material no está preparado? En la orden del día reza: «dotación de un acuerdo definitivo». Seguramente es la defensa de la fortaleza.

MONÁTKOF. (*Rápido.*) Naturalmente; pero el material del Estado Mayor no está terminado todavía. Dentro de algunas horas, hacia la noche, convocaremos a sesión.

IRINA. ¿Por qué un secreto tan bufo en torno a este asunto?

- MONÁTKOF. ¿Cómo? ¿Un secreto? ¡No! Hay que tenerlo todo preparado. (*Le da un codazo.*) Dime, camarada Irina, ¿qué sucederá ahora entre nosotros? ¿Llegaremos a la lucha?
- IRINA. Esa lucha la empezáis vosotros... ¡Vosotros empezáis a traicionar la revolución!
- MONÁTKOF. (*Ríe en voz baja.*) No..., no..., camarada Irina. ¿Traicionarla nosotros?...
- IRINA. (*Excitada, pero dominándose todavía.*) Vosotros la traicionáis poco a poco..., cada día..., a cada hora... No sólo con vuestros planes..., los planes de un estado incipiente..., sino con vuestras maneras y aspavientos..., con vuestro sistema, con vuestras espuelas y galones... Basta con mirar a vuestros comisarios.
- MONÁTKOF. (*Con sonrisa de asombro.*) Pero, camarada Irina... ¿cómo puedes afirmar eso? El pueblo nos aplaude...
- IRINA. (*Amargada.*) ¿Yeso qué prueba? Vosotros hacéis creer al pueblo muchas más cosas todavía... ¿Despertáis en él la libertad de opinión? Al contrario: ahogáis todo examen, toda crítica del régimen. ¡Vosotros despreciáis al pueblo!...
- MONÁTKOF. No disparates más, camarada Irina. (*Habla en un tono superfluo.*) Las revoluciones no se ejecutan a capricho de personas o grupos. Todos sus pasos están prefijados por leyes históricas... ¿Cómo podemos nosotros, ni nadie, prescindir de ellas? (*Levantando el dedo y moviéndolo a medida que habla.*) Nuestra misión es... interpretar estas leyes y realizarlas del modo más decisivo...
- IRINA. (*Indignada.*) ¿Por qué hablas siempre de las leyes históricas? Y los hombres que nos rodean, ¿no existen para ti? ¿Creéis vosotros que Iván, María y Nikita abandonan sus hijos, mueren y pecan contra sus almas por amor a vuestras leyes históricas? Todos y cada uno de ellos quieren saber por qué lo hacen...
- MONÁTKOF. (*Con vivacidad.*) El proletariado que dirige la revolución lo sabe. En la dictadura del proletariado, la conciencia de clase es todo... Sobre ella caerán todas las responsabilidades.
- IRINA. ¡Qué bien decís esto vosotros!... ¿Por qué ha de cargar con las responsabilidades el proletariado solamente?... ¿Y todos los demás trabajadores? Si ellos han uno de ellos —Iván, María y Nikita— la responsabilidad ante la historia... y ante su propia conciencia. Pero el proletariado mismo no quiere confiaros la revolución... ¡Vosotros sois los primeros que robáis espiritualmente a los obreros!
- MONÁTKOF. (*Como antes.*) ¿Y qué crees tú, camarada Irina, que debemos hacer? ¿Dejar abandonada la revolución en mitad de la calle, a su buena suerte, para que la recoja el primero que pase? (*Otra vez en tono profético.*) El primero y principal punto de la revolución es la fuerza.
- IRINA. (*Con gran excitación.*) ¡Fuerza!... ¡Fuerza!... ¡Fuerza!... Eso es lo que os atormenta... Lo que más queréis es el socialismo....
- MONÁTKOF. (*Con sonrisa irónica.*) ¿Y no la queréis también vosotros?
- IRINA. Sí, nosotros queremos también conquistarla... Pero ¿con qué fin?

- MONÁTKOF. *(Como antes.)* ¿Y no queremos conquistarla nosotros para liberación de la humanidad explotada?
- IRINA. Sí, este fin lo tenéis también..., pero desde hace mucho tiempo ha sido superado por otro... Por la ambición enfurecida de poder..., de fuerza, y como os aferráis tan denodadamente a la fuerza, derramáis con mucha facilidad la sangre de los hombres...
- MONÁTKOF. *(Exasperado.)* Sangre... Sufrimientos... Ferocidades... ¡Qué me cuentas de todo eso! ¿Hubo menos sangre y ferocidades en la gran guerra? Millones de soldados fueron asesinados, destrozados. En las colonias se oprimía a millones de esclavos. Aquí ahora se manifiesta «la cultura de la humanidad»... En comparación con aquéllos, somos ángeles, criaturas inocentes... *(Se encoge de hombros.)* ¡Nosotros derramamos sangre! ¡Qué sabe nadie como son atormentados los hombres!...
- IRINA. *(Colérica.)* ¿Qué puedes decirme del tormento de los hombres? *(Se abre un poco el traje por la espalda, en la que se ven cicatrices de heridas.)* ¡Mira cómo me apalearon y atormentaron! Pero alguna vez ha de surgir el hombre nuevo...
- MONÁTKOF. *(Riendo sarcástico.)* ¡El hombre nuevo! ¡Enséñamelo! Basta que veas lo pequeños que son los hombres aquí... Todos miran a la fama..., a la fuerza... Puedes adueñarte de cada uno con sólo conocer su punto flaco... Dispuestos a toda mentira... Y sus amigos, exactamente igual... Y aunque alguna vez se levanten e insurreccionen, ¿cuánto tiempo dura esto?... Días... Horas... No hay ninguna voluntad firme... Con el látigo y terrones de azúcar puedes llevarlos otra vez a la *cuadra*... Los hombres, las clases, quieren que se las conduzca... aunque sea en reata... y está bien, está muy bien que el desarrollo de la historia haya puesto en manos del proletariado y sus partidos esta dirección... Y esta dirección debemos tenerla en la mano despiadada, dura, cruel... Cueste la sangre que cueste

Por un efecto de luz toman las facciones de Monátkof el gesto y los rasgos de los grandes dominadores de los siglos pasados: César, Loyola, Robespierre, Napoleón.

- IRINA. *(Retrocede espantada.)* ¿Cómo piensas entonces construir el socialismo con esta gente? ¿Qué juego inicuo desarrollas?...
- MONÁTKOF. Las masas tienen una condición..., de la que no podrán salir hasta que el socialismo las liberte y las haga fuertes...
- IRINA. *(Llena de indignación.)* ¡Qué mentira! ¡Qué vanidad! ¡Qué estupidez! ¿Y nosotros, somos algo sobrenatural, somos libertadores del mundo? ¡Mentira! Todo eso, mentira. Sólo en la masa vive la verdad apasionada. Sólo ella lleva en sí la figura de la nueva vida... y por eso van con nosotros... Ahora están pisoteados, oprimidos... Pero precisamente a estos hombres oprimidos y pisoteados en la masa debemos exhumarlos nosotros, tú y yo, y todos... ¿No hemos labrado cuidadosamente estos millones de héroes desconocidos de la revolución? ¿Y qué haces tú? Amedrentar de nuevo a estos hombres amedrentados... No libertarlos de la blusa, de la servidumbre.

En el patio suena un tambor y un canto revolucionario.

- KOSTOLOMSKY. (*Entra, tranquilo.*) Ha llegado una nueva sección de guardias rojos. ¿Queréis verlos? (*Irina y Monátkof se acercan a la ventana.*)
- MONÁTKOF. ¡Qué muralla de hierro! ¿Lo ves? ¡Eso es proletariado organizado!
- IRINA. (*Irónica.*) Precisamente lo que tú necesitas... ¡Filas de soldados!... ¡El pueblo hace sus revoluciones libremente, sin trabas ni filfas. (*Kostolomsky, arrimado a pared, fuma su pipa. Irina se refiere a él.*) También se mira de arriba abajo a la masa... (*Irónica.*) Pero tiene piedad con ellas, las llama «criaturita»... Cuando ve a un niño, no puede dominar su alegría; pero está dispuesto a dejar huérfanos a miles de pequeños. ¡Ese tiene piedad... y tú... desprecias a los hombres! Eso es lo que hacéis vosotros con los aldeanos, con los guardias rojos, con los trabajadores...
- MONÁTKOF. (*Asombrado.*) Pero eso no es verdad... ¡Nosotros hacemos la guerra por su bien, solamente por su bien!
- IRINA. ¡Eso es, precisamente! Vosotros hacéis la guerra por su bien..., y ello debía resolverse por la discusión libre entre todos, y que ellos mismos decidieran lo que es bueno o malo para ellos! Esa masa no puede ser ni compadecida ni despreciada. Debe ser amada. Esto es, decirles en su cara la verdad, por amarga que sea, para que ellos carguen con la alegría o con el tormento de la responsabilidad. El trabajador siente también su relación con ella... La revolución debe estar en sus manos...
- MONÁTKOF. (*Fuerte, irónico.*) ¿Y si lo destroza todo?
- IRINA. Entonces tampoco podríamos salvarlo nosotros dos. (*Va de un lado a otro; de pronto se vuelve con energía hacia Monátkof.*) Yo sé que vosotros preparáis algo de fatales consecuencias... (*Monátkof y Kostolomsky cambian miradas que Irina recoge.*) Vosotros arriesgáis demasiado...
- MONÁTKOF. (*Con firmeza.*) No importa... El pueblo se dará cuenta de lo que hacemos...
- IRINA. (*Colérica.*) ¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡Vosotros charláis sólo en su nombre!... ¡Malditos intelectuales! Si los obreros se amotinan lo hacen por su bondad y sentimientos de justicia... Es el día de fiesta de su existencia..., preparado hace cientos de años desde la cárcel de su vida... Sus almas están llenas de odio y amargura... Pero la revolución barrerá de un escobazo este monte lleno de escoria... (*Se acerca, excitadísima, a Monátkof, asombrado. Irina continúa más fuerte.*) Sí, por la poca justicia que habéis mostrado al pueblo... exigís de él el dominio absoluto sobre sus almas y sus cuerpos... (*Va de un lado a otro; de pronto se detiene ante Monátkof.*)
- ¿Preparáis por lo tanto algo peligroso?... ¿Calláis? (*Con cólera creciente.*) Quién sabe... ¡Tal vez sostengamos hoy por última vez una conversación como ésta!...
- Aún creen las masas en vosotros y os es fácil conservar la fuerza... Mañana se separarán de vuestro lado..., y vosotros sumergiréis la revolución en el terror..., y entonces os veréis aislados, solos... (*Mira con fijeza a Monátkof en los ojos.*) solos como partido y solos como hombres...

Monátkof se estremece, se vuelve rápidamente.

Y no sólo esto: para conservar la fuerza, lo aceptaréis todo..., abandonaréis todas las posiciones..., cerraréis contratos humillantes con los ricos, con los poderosos..., doblegaréis la cabeza ante ellos. Os espantaréis de vosotros mismos...

MONÁTKOF. *(Acercándose mucho a ella.)* ¿Es que queréis la guerra, no?

IRINA. De vosotros depende.

MONÁTKOF. No..., depende de vosotros...

TELÓN

CUADRO TERCERO

De noche. Una calle del puerto en el Volga. A lo lejos, los contornos del puerto. Alrededores invadidos por la niebla, entre la cual se ve un faro de la calle. Vagamente se vierte a lo largo de las paredes la sombra de una persona.

Miguel y Súsef que con dificultad encienden su cigarro, se detienen bajo el farol.

SÚSEF. *(Con voz fresca y segura.)* Déjate de vacilaciones. El camino que has tomado ahora no falla. *(Miguel enmudece y baja la cabeza.)* Fíjate bien: los tiempos heroicos que vivimos... muy raramente se repetirán en la historia... Ahora se siente plenamente cuándo se tiene la dictadura en las manos... ¡Qué profusión de fuerza!... También tú debías figurar en el grupo de los que no conocen titubeos ni vacilaciones.

Miguel continúa silencioso. La sombra desaparece de la pared y Riasanskaya, con abrigo y capucha, se acerca precipitadamente a Miguel y le coge por un brazo. Miguel se estremece como al contacto de una serpiente.

RIASANSKAYA. *(Ordenando.)* Tengo que hablar contigo... a solas... *(Súsef desaparece sonriendo. Riasanskaya, lleno de dolor, coge la mano de Miguel.)* ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? No lo entiendo. Me vuelvo loco. *(Miguel calla.)* ¿Dónde estuviste toda la noche? ¿Sabes que ayer fui detenido por orden de Zuckerman? En su interrogatorio me dio a conocer detalles de nuestro último Consejo... Pasaste la noche fuera de tu casa... Es la primera vez que has hecho esto sin anunciármelo antes.

MIGUEL. *(Inseguro.)* Recibí órdenes inesperadas del partido... Tú sabes ya...

RIASANSKAYA. *(Severo.)* Eso no es verdad... Los nuestros te han visto en los arrabales con los otros... Como si quisieses ocultarte... Se sospecha de ti... Se prepara algo, y tú sabes más que nosotros, más que yo. *(Miguel se vuelve.)* Es cierto, por lo tanto... *(Esconde el rostro entre las manos.)*

MIGUEL. *(Atormentado.)* Natascha... Pronto lo sabrás todo.

RIASANSKAYA. *(En gran excitación.)* ¿Qué es eso de pronto? ¡Ahora mismo! ¡En seguida!... ¡Inmediatamente!... Venga, di... ¿Estás comprometido secretamente? Mírame a la cara. *(Miguel se vuelve.)* ¡Y yo que te creí leal! *(Miguel se precipita en los brazos de Riasanskaya, que lo rechaza.)* Si tienes secretos para nosotros..., para mí..., entonces es que no hay remedio. *(Se abraza fuertemente al cuello de Miguel.)* Miguel, disuádeme..., convénceme de lo contrario... *(Saca un revólver, mira a Miguel con amor y pena, y dice con voz temblorosa.)* Si hay algo de verdad en esto..., yo mismo te mataría con mis manos... *(Miguel se arroja otra vez en los brazos de RIASANSKAYA, que lo rechaza nuevamente.)* ¡Vete!... *(Riasanskaya se aleja y marcha titubeando. Al final de la calle se vuelve; en sus ojos se ve la pena que le invade.)*

TELÓN

CUADRO CUARTO

De noche. Habitación en la torre de la fortaleza. Sesión del Comité revolucionario. Los miembros del mismo, distribuidos por distintos sitios de la estancia. Se advierte en todos una gran tensión nerviosa. Sus actitudes muestran la más resuelta decisión. Ha aumentado visiblemente el número de fusiles en la sala. La guardia se ha doblado. Falta Nikita. La habitación está bien iluminada. Miguel y Riasanskaya están todavía con sus trajes humedecidos por la niebla y la lluvia.

Onufvief, Kostolomsky, Blisoschvili, Zuckerman, en uniforme de campaña. Zuckerman, en su actitud típica: la mano en la frente. En la mesa, y ante Monátkof, un plano de campaña. Fuera se oye el cañoneo y el tiroteo de los fusiles.

MONÁTKOF. *(Tocando la campanilla.)* ¡Cerrad las puertas! Camaradas: fuimos obligados esta mañana a aplazar la sesión, porque no teníamos las noticias definitivas del Estado Mayor... Ahora las tenemos... Os suplico mucha atención. En las últimas veinticuatro horas no se ha mejorado nuestra situación; al contrario, ha empeorado. Nuestros espías han comprobado que el enemigo no fortifica sus posiciones, sino que se prepara a marchar sobre la fortaleza... Nosotros decidimos ayer, de pleno acuerdo, no abandonar a ningún precio la fortaleza... Bueno... Pero no hay que hacerse ilusiones; nos encontramos en la situación más apurada... Escasean terriblemente los víveres... Van a faltar las municiones de un momento a otro... Los trabajadores y los ciudadanos están descontentos con sus raciones, con el desorden en la distribución, con la falta de sistema. Por esta causa, se torna el elemento ciudadano más insolente con nosotros de día en día...

BLISOSCHVILI. *(Serio.)* ¿Por qué preparas ese ambiente de pánico, camarada Monátkof?

MONÁTKOF. *(Se vuelve con energía.)* Porque la situación es así..., y cada día empeorará más, a medida que avancen los cosacos. Nosotros debemos rechazarlos... Asestarles un golpe. Lo mejor, naturalmente, sería un golpe decisivo. Nuestro golpe debe ser completamente inesperado para el enemigo... Debe verificarse con la mayor rapidez posible... *(La tensión crece.)* El Estado Mayor propone lo siguiente al Comité: hoy, a las altas horas de la noche, serán volados los arrabales.

Movimiento general. Gritos en la sala. Irina se sienta como atontada, con los ojos inmensamente abiertos. Blisoschvili golpea nerviosamente en la mesa. Kostolomsky hunde la cabeza. Riasanskaya se acerca rápidamente a Miguel y lo mira lleno de amargo aborrecimiento.

- MONÁTKOF. *(Animado.)* Esa sorprendente e inesperada explosión en medio de la noche, originará una confusión terrible en las líneas cosacas... Se retirarán precipitadamente hacia el río, para ocupar sus antiguas posiciones... Allí los recibirá nuestra artillería, bien emplazada... Serán aniquilados totalmente. *(Se inclina sobre el plano y con el dedo va señalando los lugares.)*
- BLISOSCHVILI. *(Saltando airadamente.)* ¿Estás loco, camarada Monátkof?... ¿Te das cuenta de lo que propones?
- MONÁTKOF. *(Impávido.)* Es una necesidad estratégica.
- BLISOSCHVILI. Pero esto significa el sacrificio de una población inocente... No puede consentirse que salten en el aire hechos pedazos...
- MONÁTKOF. Naturalmente que debemos sacar de allí a todas las autoridades del Soviet y de los partidos.
- RIASANSKAYA. *(Con lágrimas en los ojos.)* ¿Y qué será de los asilos de niños?
- MONÁTKOF. *(A Kostolomsky.)* También cuidarán de los niños. Se elegirá de entre nosotros una comisión de tres hombres...
- BLISOSCHVILI. *(Severo, indignado.)* ¿Y con los otros, qué se hace? ¿Dejarlos a merced de las llamas?
- MONÁTKOF. *(Impávido.)* Esta proposición del Estado Mayor no es sólo una necesidad estratégica —me asombra que vosotros no lo veáis—; es también una necesidad política y revolucionaria... Con ella sostenemos la fuerza, fortalecemos el poder de los Soviets.
- IRINA. *(Se levanta, con la cólera marcada en el rostro.)* ¡Ya os dije que vosotros lo haréis todo por amor al poder! ¿Qué hablas de necesidad política y de estrategia? En la revolución deben ser necesidades morales.
- MONÁTKOF. *(Golpea con la mano sobre la carta.)* Sí, ¿pero no comprendéis vosotros, necios, que es necesario?... ¡Necesario!... Nosotros no fortaleceremos sólo nuestro poder aquí, sino también allá arriba, en el centro. Destrozaremos aquí a los cosacos, y después avanzaremos hasta los campos de Kúban... Allí hay pan... ¡todo el que se quiera!... Los trabajadores y los guardias rojos comerán una vez hasta hartarse... Transportaremos decenas de trenes cargados de pan en dirección al centro... ¡Estas son nuestras probabilidades!... Además, será un choque formidable para la burguesía internacional...

Irina mira fijamente a Monátkof.

- BLISOSCHVILI. *(Va exaltado de un lado a otro. Cuando pasa por el lado de Zuckerman le quita la mano de la frente.)* ¿A quién apuntas tú siempre? *(Movimiento entre los amigos de Monátkof.)*
- SÚSEF. *(Radiante.)* ¡Es grandioso! ¡Qué bien pensado está todo! ¡Qué golpe más audaz!

- KOSTOLOMSKY. (*Cortando.*) ¡Deja eso! ¿No ves lo que pasa aquí?
- ONUFVIEF. (*Tranquilo.*) Las cosas, claras... Aquí habrá pelea, lucha...
- BLISOSCHVILI. (*Decidido.*) Pero la revolución no debe sacrificar seres inocentes... No aceptamos la proposición del Estado Mayor... Podemos acabar también de otra manera. Yo propongo hacer cuanto antes una salida de la fortaleza contra todo el frente. Que salga hasta el último hombre... ¡Nosotros marcharemos a la vanguardia!... Con este ataque obligaremos a los cosacos a pasar el río, y los empujaremos hacia el Sur en la misma forma.
- MONÁTKOF. (*Moviendo la cabeza.*) Eso no puede ser... el riesgo es demasiado grande... Caeremos sobre ellos por sorpresa... Para eso es la guerra.
- BLISOSCHVILI. (*Grita.*) ¡No! ¡Guerra, no!..., ¡barricadas!... Las barricadas tienen otras leyes...

Escándalo en el patio. Los centinelas se preparan. Un grupo de guardias rojos trae en unas angarillas a Innokeuti, gravemente herido. Todos se levantan. Irina y Riasanskaya se precipitan sobre él. Colocan entre unas sillas al herido, que abre los ojos y busca a su alrededor.

- INNOKEUTI. (*En voz baja.*) ¿Dónde está la camarada Irina?
- ONUFVIEF. (*A un guardia rojo.*) ¿Dónde fue herido el camarada Innokeuti?
- GUARDIA ROJO. En el bosque. Por la tarde rompieron un fuego muy duro los cosacos...
- OTRO GUARDIA. Siguen disparando todavía...
- OTRO GUARDIA. El camarada Innokeuti había ordenado avanzar a una batería... Tomó él mismo el mando. Nosotros se lo prevenimos..., pero no quiso oírnos.
- OTRO GUARDIA. Los cosacos disparaban sin cesar contra nosotros... Teníamos muchos heridos... Íbamos transportando uno detrás del otro... ¡Entonces cayó él!
- ONUFVIEF. ¿Por qué no lo habéis llevado al hospital?
- UNA VOZ. Porque no quiso... Tiene un balazo en el pecho... A la fuerza quería venir al Comité...

Onufvief pasea por la habitación. Colocan a Innokeuti sobre un banco y lo cubren con el capote de un soldado. Su cabeza descansa sobre las rodillas de Irina, que con rostro severo acaricia los cabellos.

- INNOKEUTI. (*Con voz muy baja.*) Irina..., sé que me muero. (*Sonriendo.*) Alguna vez tiene que ser... Pero quiero decirte algo aún... (*Silencio.*) Proceded como hasta ahora... No hagáis ninguna conoesión..., ni al enemigo de fuera... ni al de dentro... Tanto tiempo como el alma viva en nosotros... vivirá la revolución. (*Pausa.*) Yo muero, cuando la aurora del nuevo día se extiende ya sobre el mundo entero... Un último esfuerzo aún y la victoria es nuestra... Todo el pueblo obrero está con nosotros. Y, si el día de nuestra victoria no se oscurece por la venganza... seguirá siempre con nosotros... (*Pausa.*) Mi padre fue muerto a tiros por la voluntad de su Dios... Yo muero como él... (*Muere. Silencio. Emoción general. Irina le cierra los ojos.*)

Blisoschvili llama a dos amigos y los hace permanecer a la cabecera del muerto. Riasanskaya se seca las lágrimas.

MONÁTKOF. (Serio.) ¡Honor a los combatientes caídos!... El proletariado no olvidará nunca a los valerosos campeones de la revolución de los obreros y campesinos.

Suena el timbre del teléfono. Monátkof coge el auricular y escucha con atención; luego deja de nuevo el auricular. Onufvief entra sin ser observado. Detrás de él, un grupo de trabajadores, que se esparcen por la sala. Monátkof llama a Onufvief y le pregunta apresuradamente:

¿Has visto a mi mujer? (Onufvief mueve la cabeza. Monátkof, con solemnidad.) Ahora mismo acaban de informarme que dentro de quince minutos volarán los arrabales.

BLISOSCHVILI. (Rápido.) ¿Cómo? ¿Volar? Eso está en discusión todavía... ¡Se nos ha engañado!

MONÁTKOF. Ya no hay tiempo para discusiones... El que estorbe será...

IRINA. (Gritando.) ¡Traición!... ¡Comaradas! ¡Traicionan la revolución! (Se asoma a la ventana y grita hacia el patio.) ¡Comaradas! ¡Guardias rojos! ¡Aquí, con nosotros! ¡La revolución está en peligro!

MONÁTKOF. (Venenoso.) ¡Inútil!..., camarada Irina. Lo habíamos preparado de antemano... Comaradas... Onufvief... Zuckerman...

Onufvief y Zuckerman forman rápidamente, con los trabajadores que entraron, un grupo compacto. Otro grupo de guardias rojos, armados, entre ellos Nikita, llegado del patio, quiere entrar; pero es rechazado por el grupo de Onufvief.

IRINA. (Se acerca con ojos relampagueantes a Monátkof y le coge la mano.) ¡Reflexionad! ¿No somos aquí hermanos todos?... Ahí descansa Innokeuti..., que murió por la causa común... La discordia acarrea males... ¡Revoca esa orden sobre la voladura de los arrabales!...

MONÁTKOF. (Enfurecido.) ¡Ya no puede ser! Vosotros os ponéis de parte del enemigo No queréis aniquilar al enemigo en el campamento.

IRINA. ¡Vosotros sí que sois vuestros propios enemigos! En vuestras almas se ocultan los peores enemigos del Soviet...

MONÁTKOF. ¿Sí? (Se vuelve a Kostolomsky, Zuckerman y Onufvief.) ¡Comaradas, cumplid vuestro deber revolucionario!

Los adeptos a Monátkof se acercan despacio, con los ojos bajos, a Blisoschvili, Riasanskaya, Irina y sus amigos. Estos retroceden hasta el banco donde está el cadáver de Innokeuti.

IRINA. (Con el furor en los ojos.) ¡Ah!... ¿Con que traidores? ¡Entonces nos encontraréis en nuestros puestos!

BLISOSCHVILI. (Con voz amenazadora.) ¡Aun veréis lo que el pueblo piensa de esto!

MIGUEL. (Se precipita sobre Irina, gritando.) ¡Quiero seguir con vosotros, camaradas! ¡Perdonadme!

Irina y su grupo son rodeados por guardias rojos, muchos de ellos avergonzados e inseguros. Alguno de los detenidos desnudan sus pechos. Atruenan el aire una horrible detonación. Suena un estallido detrás de otro. La habitación oscila. Todos están profundamente emocionados.

IRINA. *(En tono profético.) ¡Aún no se ha dicho la última palabra! ¡Volveremos! ¡Viva la revolución!...*

Mientras cae el telón, se ve en la pared del fondo la última escena del prólogo: la apuesta.

FIN DEL DRAMA